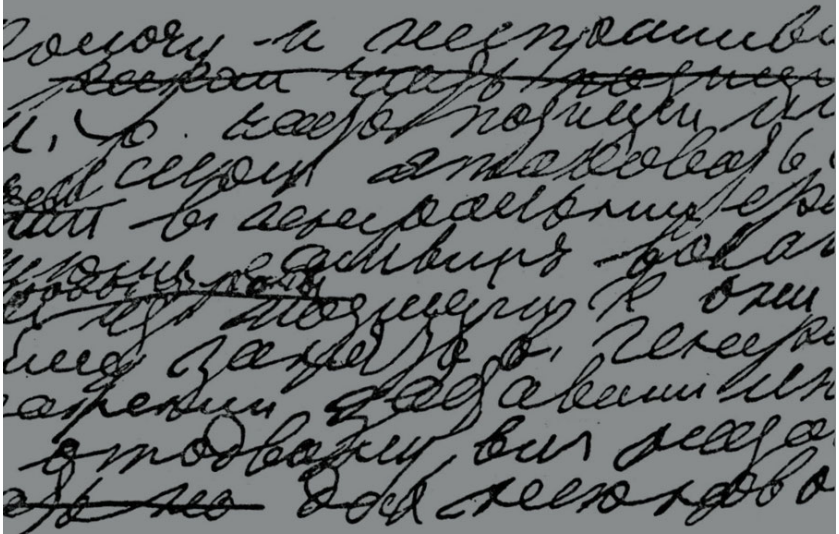
Confesión

Lev Tolstói

Traducción de Marta Rebón

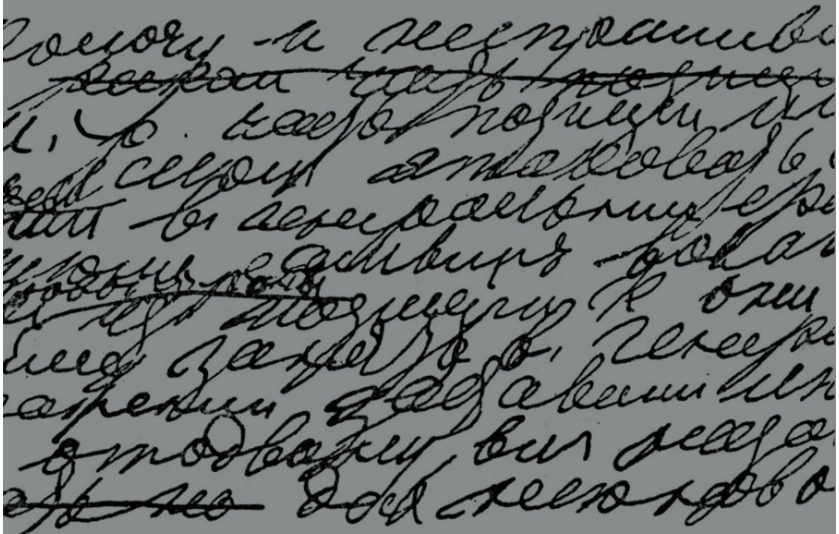


Navona

Confesión

Lev Tolstói

Traducción de Marta Rebón



Navona

Título

Confesión

Autor

Lev Tolstói

Confesión

Traducción de Marta Rebón

Créditos

Primera edición

Febrero de 2023

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Estefanía Martín

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección LocTeam, Barcelona

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19311-86-3

Depósito legal B 16886-2022

Impresión Romanyà Valls, Capellades

Impreso en España

Título original Ispoved

Lev Nikoláievich Tolstói, 1882

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2023

© de la traducción: Marta Rebón, 2023

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula

la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias

por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar

las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial

o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares.

Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

Autor

I

Fui bautizado y educado en la fe cristiana ortodoxa. En los principios de esta fe me instruyeron desde niño, durante toda mi adolescencia y en mi juventud. Pero, cuando a los dieciocho años abandoné la universidad en segundo curso, yo ya no creía en nada de lo que me habían enseñado.

A juzgar por algunos recuerdos, nunca creí de verdad, solo tenía confianza en lo que mis mayores me enseñaban y profesaban ante mí; pero esa confianza era muy vacilante.

Recuerdo que un domingo, cuando tenía unos once años, recibimos la visita de un chico que estudiaba en el liceo, Volodinka M., muerto ya hace mucho tiempo, quien nos anunció como una gran novedad un descubrimiento que había hecho en el liceo. El descubrimiento era que Dios no existía y que todo cuanto nos enseñaban no era más que pura invención (esto sucedió en 1838). Recuerdo cuánto se interesaron mis hermanos mayores por esta noticia; incluso me llamaron para que participara en el coloquio. Todos, me acuerdo, estábamos muy excitados y acogimos la noticia como algo muy interesante y del todo posible.

Recuerdo también que cuando mi hermano mayor, Dmitri, estaba en la universidad, con la pasión propia de su naturaleza abrazó de repente la fe, y comenzó a asistir a los oficios religiosos, a hacer ayuno y a llevar una vida pura y moral, todos, incluso los más mayores, no dejábamos de burlarnos de él y por alguna razón lo apodamos Noé.

Recuerdo que Musin-Pushkin, a la sazón supervisor de la Universidad de Kazán, nos invitó a un baile y trató de convencer a mi hermano, que se negaba, diciéndole en tono de burla que incluso David había bailado delante del Arca. Yo compartía entonces las burlas de los mayores y la conclusión que saqué es que era preciso estudiar el catecismo, ir a misa, pero que no hacía falta tomárselo demasiado en serio. Recuerdo también que, a una edad muy temprana, leí a Voltaire, y que sus burlas, lejos de escandalizarme,

me divertían mucho.

Mi desarraigo de la fe se produjo del modo habitual entre la gente que ha recibido nuestro mismo tipo de educación. Me parece que en la mayoría de los casos sucede así: la gente vive como vive todo el mundo, y todo el mundo vive basándose en principios que no solo no tienen nada que ver con la fe, sino que, las más de las veces, son contrarios a ella. La fe no participa en la vida, no regula en modo alguno nuestras relaciones con los demás ni es preciso que la confirmemos en nuestra propia vida; la fe se profesa en algún lugar lejos de la vida y al margen de ella. Si nos topamos con la fe, será solo como un fenómeno externo, no ligado a la vida.

Por la vida de una persona, por sus actos, hoy igual que ayer, es imposible saber si es creyente o no. Si existe alguna diferencia entre los que profesan abiertamente la ortodoxia y los que la niegan, no es en beneficio de los primeros. Ahora, como entonces, el reconocimiento público y la profesión de la ortodoxia se encuentran, en gran medida, entre personas estúpidas, crueles e inmorales, que se consideran muy importantes. La inteligencia, la franqueza, la honradez, la bondad y la moralidad se suelen hallar, por el contrario, entre los hombres que se reconocen como no creyentes.

En las escuelas se enseña el catecismo y se manda a los alumnos a la iglesia; a los empleados públicos se les exigen cédulas de comunión. Pero el hombre de nuestra clase social que ha acabado sus estudios y no ha entrado al servicio del Estado, aún en nuestros días y todavía más en el pasado, puede vivir décadas sin recordar ni una vez siquiera que vive entre cristianos y que él mismo es considerado un miembro practicante de la fe cristiana ortodoxa.

Hoy, igual que ayer, la doctrina de la fe admitida sobre la base de la confianza y sustentada por la presión externa se extingue poco a poco bajo la influencia del conocimiento y de las experiencias de la vida contrarias a esa fe, y, muy a menudo, el hombre vive largo tiempo imaginando que la fe que le inculcaron en su infancia permanece intacta en él, cuando en verdad no queda ni rastro de ella.

S., un hombre inteligente y sincero, me contó cómo dejó de creer.

Tenía veintiséis años cuando un día, durante una expedición de caza, haciendo noche en un albergue, se puso a rezar según la vieja costumbre adquirida de niño. Su hermano mayor, que estaba con él de cacería, yacía sobre el heno y le miraba. Cuando S. hubo terminado y se disponía a acostarse, su hermano le preguntó: «¿Todavía haces eso?». Y no se dijeron nada más. Desde ese día, S. dejó de arrodillarse para orar y de ir a la iglesia. Y hace ya treinta años que no reza, no comulga, no va a la iglesia. Y no porque hubiera descubierto las convicciones de su hermano y las compartiera, ni porque hubiera decidido algo en su alma, sino únicamente porque las palabras de su hermano fueron como la presión de un dedo contra una pared que estaba a punto de caer por su propio peso. Esas palabras le mostraron que allí donde él pensaba que había fe hacía tiempo que había un lugar vacío y que, por tanto, las palabras que pronunciaba, las cruces y las genuflexiones que hacía mientras oraba eran, en esencia, acciones desprovistas de sentido. Al percatarse de su absurdidad, no pudo continuar haciéndolas.

Lo mismo le ha pasado y le sigue pasando, creo yo, a la inmensa mayoría de la gente. Hablo de personas con nuestra educación, de personas sinceras consigo mismas, y no de los que hacen del objeto de la fe un medio para alcanzar cualquier fin efímero. (Estos últimos son los ateos más radicales, porque si la fe es para ellos un medio para alcanzar algún fin mundano, a buen seguro que no se trata de fe). La gente con nuestra educación se encuentra en una situación en la que la luz del conocimiento y de la vida ha derretido el edificio artificial, y, o bien se han dado cuenta ya y han liberado ese espacio, o aún no se han percatado.

La fe que me fue transmitida en la infancia me abandonó de igual manera que a otros, con la única diferencia de que, como yo comencé a leer y a pensar mucho a una edad temprana, mi abjuración de la fe se dio muy pronto y con total discernimiento. A los dieciséis años abandoné la oración y por iniciativa propia dejé de acudir a la iglesia y de ayunar. Ya no creía en lo que me habían transmitido en la infancia; creía en algo, pero no hubiera podido decir en qué. Creía en Dios o, más bien, no negaba a Dios, pero no podía decir qué clase de Dios era ese. No negaba a Cristo ni sus enseñanzas, pero tampoco podía decir en qué consistían esas

enseñanzas.

Ahora, recordando esa época, veo con claridad que, aparte de los instintos animales, la fe que guiaba mi vida, mi única, mi verdadera fe, era la fe en el perfeccionamiento. Pero no habría podido decir en qué consistía ese perfeccionamiento ni cuál era su objetivo. Trataba de perfeccionarme intelectualmente. Aprendía todo cuanto podía, todo lo que la vida ponía en mi camino.

Intentaba perfeccionar mi voluntad, me fijaba reglas que me esforzaba en cumplir; me aplicaba en perfeccionarme físicamente desarrollando mi fuerza y mi destreza mediante toda clase de ejercicios, cultivando la resistencia y la paciencia con todo tipo de privaciones. Consideraba todo eso perfeccionamiento. El punto de partida fue, por supuesto, el perfeccionamiento moral, pero pronto fue sustituido por el perfeccionamiento general, es decir, el deseo de ser mejor, no a mis propios ojos o a los de Dios, sino a ojos de otros hombres. Y ese deseo de ser mejor a ojos de otros se convirtió muy pronto en el deseo de ser más fuerte que los otros, es decir, más célebre, más importante, más rico.

II

Algún día contaré la historia de mi vida, lo conmovedora e instructiva que fue durante esos diez años de mi juventud. Creo que muchas, muchas personas han experimentado lo mismo. Deseaba con toda mi alma ser bueno; pero era joven, tenía pasiones y estaba solo, completamente solo, en mi búsqueda del bien. Cada vez que trataba de expresar mis deseos más íntimos, esto es, que quería ser moralmente bueno, no encontraba más que desprecio y burlas; pero cuando me entregaba a las viles pasiones, los demás me elogiaban y alentaban.

La ambición, el ansia de poder, la codicia, la lascivia, el orgullo, la ira, la venganza; todo eso era respetado. Al sucumbir a esas pasiones, parecía más adulto, y sentía que todos estaban contentos conmigo. Mi buena tía, con la que yo vivía y que era el ser más puro del mundo, siempre me decía que no había nada que deseara tanto para mí como que mantuviera una relación con una mujer casada: «Rien ne forme un jeune homme comme une liaison avec une femme comme il faut». Me deseaba también otra dicha más: que me convirtiera en ayudante de campo, a ser posible del emperador. Por último, el colmo de la felicidad, a sus ojos, era que me casara con una joven muy rica y que ese matrimonio me aportara el mayor número posible de siervos.

No puedo recordar aquellos años sin horror, sin repugnancia y sin dolor en el corazón. Mataba a hombres en la guerra, retaba a otros a duelo para asesinarlos, perdía dinero con el juego, dilapidaba el fruto del trabajo de los campesinos, los castigaba; fornicaba, me valía de engaños. La mentira, el robo, la promiscuidad de todo tipo, la embriaguez, la violencia, el asesinato… No hay crimen que yo no cometiera, y por todo ello me alababan, y mis coetáneos me consideraban, y aún me consideran, un hombre relativamente moral.

Así viví diez años.

En esa época comencé a escribir por vanidad, codicia y orgullo. En

mis textos hacía lo mismo que en la vida. Para obtener la gloria y el dinero por los que escribía, era preciso disimular el bien y exhibir el mal. Así lo hice. Cuántas veces me las ingenié en mis escritos para esconder, bajo una apariencia de indiferencia e incluso de ligera burla, mis aspiraciones al bien, que constituían el sentido de mi vida. Y lo conseguí y fui elogiado.

Después de la guerra,[1] a la edad de veintiséis años volví a San Petersburgo y comencé a frecuentar a escritores. Me acogieron como a uno de los suyos, me adulaban. Antes de que pudiera darme cuenta ya había asimilado las opiniones acerca de la vida que sostenían los escritores con los que me juntaba, y todos mis esfuerzos precedentes por mejorar se esfumaron. Aquellas opiniones ofrecían un fundamento teórico al desorden de mi vida y lo justificaban.

Según la visión del mundo de mis compañeros de pluma, la vida, por lo general, sigue su propia evolución, y nosotros, hombres de pensamiento, tenemos un papel fundamental en esa evolución, y, entre los hombres de pensamiento, los más influyentes somos nosotros, los artistas y los poetas. Nuestra vocación es instruir a los hombres. Para evitar enfrentarnos a una cuestión obvia —qué sé yo y qué puedo enseñar a los demás—, la teoría explicaba que no era necesario saberlo, y que el artista, el poeta, enseña de modo inconsciente. Yo era considerado un artista y un poeta maravilloso, por eso me resultó muy natural aceptar esta teoría. Yo, artista y poeta, escribía e instruía a los demás sin saber lo que estaba enseñando. Y me pagaban dinero por hacerlo, disfrutaba de buena comida, alojamiento, mujeres, vida en sociedad; tenía fama. Debía de ser que lo que enseñaba era muy bueno.

Esa creencia en la importancia de la poesía y en la evolución de la vida era una religión, y yo era uno de sus sacerdotes. Ser uno de sus sacerdotes era muy ventajoso y agradable. Viví bastante tiempo profesando esa fe sin dudar de su autenticidad. Pero al segundo año de llevar ese tipo de vida, y en especial durante el tercero, empecé a dudar de la infalibilidad de esa fe y comencé a examinarla. Lo primero que me llevó a dudar fue el haberme percatado de que no todos los sacerdotes de esa fe estaban de acuerdo entre sí. Unos decían: «Nosotros somos los mejores profesores y los más útiles

porque enseñamos lo que es necesario, mientras que los otros enseñan falsedades». Y los otros replicaban: «No, nosotros somos los verdaderos maestros, y vosotros sois los que enseñáis falsedades». Discutían, se enemistaban, se injuriaban, mentían, se engañaban entre sí. Además, había muchos entre nosotros que no se preocupaban por saber quién llevaba razón y quién se equivocaba, sino que se limitaban a conseguir sus fines egoístas mediante nuestra actividad. Todo eso me obligó a poner en tela de juicio la autenticidad de nuestra fe.

Pues bien, una vez comencé a dudar de la veracidad de la religión de los escritores, me puse a observar más de cerca a sus sacerdotes y me convencí de que casi todos los sacerdotes de esta fe —los escritores— eran personas inmorales, la mayoría de carácter malo y ruin, muy por debajo de las personas que había conocido en mi vida anterior, mi vida militar y mi vida disipada, pero estaban seguros de sí mismos y se sentían satisfechos como solo pueden estarlo los santos o los que ignoran qué es la santidad. Esa gente terminó por repugnarme, así como yo mismo me repugnaba, y comprendí que esa fe no era más que un engaño.

Pero lo extraño es que, si bien comprendí pronto toda la mentira de esa fe y renegué de ella, no renuncié al título que me habían otorgado esos hombres, el título de artista, poeta, maestro. Seguía imaginando con candidez que yo era un poeta, un artista, y que podía enseñar a todos sin saber lo que enseñaba. Y eso seguí haciendo.

Como consecuencia de frecuentar a esos hombres, adquirí un nuevo vicio: desarrollé un orgullo enfermizo y la demente convicción de que mi misión era enseñar a la gente sin saber lo que enseñaba.

Ahora, cuando recuerdo esos tiempos, mi estado de ánimo de entonces, así como el de esas personas (cuyos semejantes, por cierto, se cuentan hoy también por miles), siento lástima y miedo, y, además, me entran ganas de reír: afloran en mí los mismos sentimientos que se apoderan de uno en un manicomio.

Por aquel entonces todos estábamos convencidos de que teníamos que hablar sin cesar, escribir y publicar cuanto antes y todo lo posible; y de que todo eso era necesario para el bien de

la humanidad. Y miles de nosotros, contradiciéndonos y criticándonos unos a otros, publicábamos y escribíamos con el objetivo de enseñar a los demás. Lejos de percatarnos de que no sabíamos nada, de que éramos incapaces de responder a la pregunta más sencilla de la vida —¿qué es bueno y qué es malo?—, hablábamos todos a la vez sin escucharnos; a veces, nos adulábamos y elogiábamos con la esperanza, a nuestra vez, de ser adulados y elogiados; pero otras, irritados, nos gritábamos, como en una casa de locos.

Miles de operarios trabajaban noche y día, hasta el límite de sus fuerzas, juntando e imprimiendo miles de palabras para que se distribuyeran por correo a través de toda Rusia. Y nosotros continuábamos enseñando sin cesar, pero nunca lográbamos enseñarlo todo, y siempre estábamos enfadados porque no se nos escuchaba suficiente.

Es terriblemente extraño, pero ahora lo comprendo: nuestro verdadero objetivo, nuestro deseo más íntimo, era obtener la mayor cantidad de dinero y de alabanzas posible. Para lograrlo no sabíamos hacer más que escribir libros y publicar en los periódicos. Y a eso nos dedicábamos. Pero para ocuparnos de algo tan inútil y al mismo tiempo mantener la convicción de que éramos personas muy importantes necesitábamos un razonamiento que justificara lo que estábamos haciendo. Y encontramos lo siguiente: todo lo que existe es racional. Y todo lo que existe evoluciona. Y esa evolución depende de la instrucción. La instrucción se mide por la difusión de libros y periódicos. Nos pagan y nos respetan porque escribimos libros y publicamos en los periódicos: somos, por consiguiente, las personas más útiles, los mejores. Este razonamiento habría estado muy bien si todos hubiéramos estado de acuerdo; pero cada idea expresada por uno suscitaba en el otro el pensamiento diametralmente opuesto, y eso debería habernos llevado a reflexionar. Sin embargo, no reparábamos en ello. Nos pagaban, y la gente de nuestro círculo nos elogiaba; por lo tanto, cada uno de nosotros creía estar en lo cierto.

Ahora veo claro que no había ninguna diferencia entre nosotros y la gente que vive en un manicomio; entonces solo lo sospechaba vagamente y, como todos los locos, pensaba que todo el mundo

había perdido la razón excepto yo.

III

Así viví, entregándome a esa locura, durante seis años más, hasta que me casé. Durante esa época viajé al extranjero. La vida en Europa y mi contacto con europeos eminentes y eruditos me confirmaron aún más en mi fe en el perfeccionamiento general, por el que yo vivía, puesto que encontré en ellos la misma creencia. Esta adoptó en mí la forma que asume por lo general entre la mayoría de las personas instruidas de nuestro tiempo. Esa creencia se expresaba con la palabra «progreso». En aquel momento me parecía que esa palabra tenía algún significado. Atormentado como cualquier hombre por la cuestión de cómo llevar una vida mejor, aún no había comprendido que, respondiendo que uno debía vivir conforme al progreso, hablaba exactamente igual que una persona cuya barca es arrastrada por las olas y el viento, y que ante la única pregunta vital e importante —«¿Qué dirección tomar?»— dice, sin responder: «Somos llevados a algún lugar».

Entonces no me daba cuenta. Solo de vez en cuando mis sentimientos, y no mi razón, se sublevaban contra esa superstición tan extendida en nuestra época tras la cual esconde la gente su incomprensión de la vida. Así, durante mi estancia en París, la visión de una ejecución me reveló la fragilidad de mi creencia en el progreso.

Cuando vi desprenderse la cabeza del cuerpo y los oí caer por separado dentro de la caja, comprendí, no con la inteligencia sino con todo mi ser, que ninguna teoría de la racionalidad de la existencia y del progreso podía justificar un acto semejante, y que, aun cuando todos los hombres desde la creación del mundo hubieran creído conforme a una teoría cualquiera que algo así era necesario, yo sabía que era innecesario y equivocado, y por tanto los juicios sobre lo que era bueno y necesario no debían basarse en lo que otros decían y hacían, ni tampoco en el progreso, sino en mi propio corazón. La muerte de mi hermano fue otro incidente que vino a probarme lo inadecuado de la superstición del progreso respecto a la vida. Hombre inteligente, bueno y serio, cayó enfermo

siendo aún muy joven. Sufrió más de un año y murió en medio de tormentos sin comprender por qué había vivido y, menos aún, por qué moría. No había teorías que pudieran dar respuesta a esas preguntas, ni a las mías, ni a las suyas, durante su lenta y dolorosa agonía.

Pero esos solo eran raros momentos de duda; en realidad, continuaba profesando únicamente la fe en el progreso. «Todo evoluciona, y yo también evoluciono; la razón por la cual yo evoluciono junto a todo lo demás se verá algún día». Así es como habría podido formular mi fe en aquel momento.

Cuando regresé del extranjero me establecí en el campo y me ocupé de la gestión de escuelas para los campesinos. Esta ocupación era particularmente de mi agrado porque en ella no había aquellas mentiras que se habían vuelto evidentes para mí, aquellas mentiras que tanto me habían irritado cuando ejercía mi carrera literaria. Aquí también obraba yo en nombre del progreso, pero ya tenía una actitud crítica con respecto a él. Me decía que en algunas de sus manifestaciones no se realizaba como debiera, y que era necesario actuar con total libertad con los primitivos hijos de los campesinos, dejándoles escoger el camino del progreso que desearan tomar.

En realidad, siempre giraba en torno al mismo problema irresoluble, que consistía en enseñar sin saber lo que enseñaba. En las más altas esferas de la actividad literaria vi claro que no podía continuar haciendo semejante cosa, puesto que observaba que cada uno enseñaba de diferente manera y que sus disputas solo servían para ocultarse a sí mismos la propia ignorancia; aquí, con los hijos de los campesinos, creía posible evitar esa dificultad dejándoles estudiar lo que quisieran. Ahora me hace gracia recordar cómo me las ingeniaba para cumplir mi deseo de enseñar, aunque en el fondo de mi alma supiera muy bien que no podía enseñar lo que era necesario porque no sabía lo que era necesario. Después de pasar un año ocupándome de la escuela, partí otra vez al extranjero para averiguar cómo podía enseñar a los otros lo que yo mismo no sabía.

Creí haberlo aprendido en el extranjero y, armado con toda aquella sabiduría, regresé a Rusia en el año de la liberación de los campesinos.[2] Acepté el nombramiento de juez de paz[3] y me puse a instruir al pueblo ignorante en las escuelas y a la gente cultivada a

través de la revista que entonces comencé a editar. Todo parecía ir bien, pero notaba que mi salud mental no era del todo buena y que eso no podría seguir así durante mucho tiempo. Tal vez ya entonces me habría sumido en esa desesperación que se apoderó de mí a los cincuenta años de no ser por otro aspecto de la vida que todavía no había experimentado y que me prometía la salvación: la vida de familia.

Durante un año me ocupé de mi labor como árbitro mediador, de las escuelas y de la revista, y pronto me venció el agotamiento, sobre todo por mi confusión, y tan pesada se me hizo la lucha que libraba como árbitro mediador, tan turbia se me antojaba mi actividad en las escuelas, tan repugnante se había vuelto el subterfugio de la revista, motivados por el mismo deseo de instruir a todo el mundo y de disimular que no sabía qué estaba enseñando, que caí enfermo, más espiritual que físicamente, y lo abandoné todo, partí a las estepas, entre los bashkirios, para respirar aire fresco, beber kumís[4] y llevar una vida animal.

A mi regreso me casé. Las nuevas circunstancias de una vida de familia feliz me distrajeron por completo de cualquier búsqueda del sentido general de la vida. En esa época, toda mi vida se concentraba en mi familia, en mi mujer, en mis hijos y, por tanto, en los desvelos por aumentar nuestros recursos de vida. Mi aspiración al perfeccionamiento personal, que ya antes había quedado reemplazada por mi aspiración al perfeccionamiento general, mi inclinación al progreso, ahora se había convertido en una aspiración por conseguir todo lo mejor para mi familia y para mí.

Así pasaron quince años más.

A pesar de que durante ese tiempo consideré la actividad literaria como una ocupación banal, no dejé de escribir. Había probado ya la tentación de la escritura, la tentación de una enorme recompensa monetaria y de los aplausos por un trabajo insignificante, y me entregué a ello como un medio para mejorar mi situación económica y para ahogar en mi alma todos los cuestionamientos acerca del sentido de mi vida y de la vida en general.

Cuando escribía, enseñaba lo que para mí era la única verdad: que

era preciso vivir para dar lo mejor posible tanto a uno mismo como a su familia.

Y así lo hice hasta que hace cinco años comenzó a sucederme algo extraño: primero empecé a experimentar momentos de perplejidad; mi vida se detenía, como si no supiera cómo vivir ni qué hacer, y me sentí perdido y caí en la desesperación. Pero eso pasó y seguí viviendo como antes. Después, esos momentos de perplejidad comenzaron a repetirse cada vez más a menudo, siempre de la misma forma. En esas ocasiones, cuando la vida se detenía, siempre me surgían las mismas preguntas: ¿por qué? ¿Qué pasará después?

Al principio me pareció que esas preguntas eran inútiles, que estaban fuera de lugar. Creía conocerlas y que, si algún día quisiera ocuparme de resolverlas, no me costaría esfuerzo; que solo me faltaba tiempo para hacerlo, y que, cuando quisiera, daría con las respuestas. Las preguntas, sin embargo, cada vez me asaltaban con más frecuencia, exigiendo una respuesta cada vez con mayor insistencia, y esas preguntas sin responder caían como gotas negras siempre en el mismo sitio, acumulándose hasta formar un gran charco.

Me ocurrió lo que le ocurre a todo el que contrae una enfermedad mortal. Al principio aparecen síntomas de malestar insignificantes a los que el enfermo no presta atención; después estos síntomas se repiten más a menudo y acaban por confluir en un único sufrimiento ininterrumpido. El sufrimiento crece y el enfermo, antes de tener tiempo de volver la vista atrás, se da cuenta de que lo que tomó por un malestar es para él la cosa más importante del mundo: la muerte.

Lo mismo me sucedió a mí. Comprendí que no era un malestar fortuito, sino algo muy serio, y que si se repetían siempre las mismas preguntas era porque había necesidad de contestarlas. Y eso traté de hacer. Las preguntas parecían tan estúpidas, tan simples, tan pueriles… Pero, en cuanto me enfrenté a ellas y traté de responderlas, me convencí al instante, en primer lugar, de que no eran cuestiones pueriles ni estúpidas, sino las más importantes y más profundas de la vida y, segundo, de que por mucho que me empeñara no lograría responderlas. Antes de ocuparme de mi hacienda de Samara, de la educación de mi hijo, de escribir libros,

debía saber por qué lo hacía. Mientras no supiera la razón, no podría hacer nada. En medio de mis cavilaciones sobre la administración de la hacienda, que entonces me mantenían muy ocupado, una pregunta me vino de repente a la cabeza: «Muy bien, tendrás seis mil desiatinas[5] en la provincia de Samara y trescientos caballos, y después ¿qué?». Y me sentía muy desconcertado, no sabía qué pensar. O bien, cuando empezaba a reflexionar sobre la educación de mis hijos, me preguntaba: «¿Por qué?». O bien, meditando sobre cómo el pueblo podía llegar a alcanzar el bienestar, de repente me preguntaba: «¿Y a mí qué más me da?». O bien, pensando en la gloria que me proporcionarían mis obras, me decía: «Muy bien, serás más famoso que Gógol, Pushkin, Shakespeare, Molière y todos los escritores del mundo, y después ¿qué?».

Y no podía responder nada, nada.

IV

Mi vida se detuvo. Podía respirar, comer, beber y dormir; de hecho, no podía no respirar, no comer, no beber y no dormir. Pero no había vida en mí porque no tenía deseos cuya satisfacción me pareciera razonable. Si deseaba algo, sabía de antemano que de ello no resultaría nada, tanto si se realizaba como si no.

Si un hada se me hubiera aparecido y me hubiera ofrecido hacer realidad mis deseos, no habría sabido qué pedir. Si en los momentos de embriaguez tenía no digo deseos, sino la costumbre de antiguos deseos, en los momentos de lucidez sabía que estos no eran más que un embuste, que no había nada que desear. Ni siquiera podía desear conocer la verdad, pues adivinaba ya en qué consistía. La verdad era que la vida es un absurdo. Era como si hubiera vivido mucho tiempo y, poco a poco, hubiera llegado a un abismo y ahora viera claramente que delante de mí no había nada excepto mi ruina. Y, sin embargo, no podía detenerme, ni dar vuelta atrás, ni cerrar los ojos para no ver que delante no había más que el engaño de la vida y de la felicidad, y los sufrimientos verdaderos y la muerte verdadera: el aniquilamiento total.

La vida me aborrecía, y una fuerza irresistible me arrastraba a despojarme de ella. No se puede decir que quisiera matarme. La fuerza que me arrastraba fuera de la existencia era más poderosa, más absoluta, más general que cualquier deseo. Era una fuerza parecida a mi antigua aspiración a la vida, solo que se producía en sentido inverso. Aspiraba con todas mis fuerzas a desembarazarme de la existencia. La idea del suicidio se me ocurrió con tanta naturalidad como antes las ideas de mejorar mi vida. Esa idea era tan tentadora que tenía que emplear ardides conmigo mismo para no llevarla a cabo demasiado deprisa. No quería precipitarme únicamente por querer desenmarañar mis pensamientos; si no lo conseguía, siempre estaría a tiempo. Y he aquí que yo, un hombre feliz, saqué una cuerda de mi habitación, donde me desvestía a solas cada noche, para no colgarme de un travesaño que había entre los armarios. Y dejé de ir de caza con la escopeta para que no me

tentase ese medio demasiado fácil de quitarme la vida. Yo mismo no sabía lo que quería: me daba miedo la vida y luchaba por desembarazarme de ella y, al mismo tiempo, esperaba algo de ella.

Y esto aconteció en un momento en que estaba rodeado de lo que se considera la felicidad completa; eso fue cuando aún no cumplía cincuenta años. Tenía una buena esposa, amante y amada, buenos hijos, una gran hacienda que, sin esfuerzo por mi parte, aumentaba y prosperaba. Era respetado más que nunca por amigos y conocidos, los extraños me colmaban de elogios, y podía considerar, sin temor a exagerar, que había alcanzado la celebridad. Además, no estaba enfermo ni física ni mentalmente; al contrario, gozaba de un vigor mental y físico que rara vez he encontrado en las personas de mi edad. Físicamente, podía segar al mismo ritmo que los campesinos. Intelectualmente, podía trabajar ocho o diez horas seguidas sin resentirme por el esfuerzo. Y a tal estado llegué que ya no podía vivir; y, temiendo la muerte, debía emplear ardides conmigo mismo para no quitarme la vida.

Ese estado de ánimo podía expresarse de la siguiente manera: «Mi vida es una broma estúpida y cruel que alguien me ha gastado». Aunque yo no reconociera la existencia de ningún alguien que me hubiera creado, esa noción según la cual alguien se habría burlado de mí de manera cruel y estúpida trayéndome al mundo era, para mí, la más natural.

Me imaginaba sin querer que allí, en alguna parte, estaba ese alguien que se divertía al ver que yo, después de pasar treinta o cuarenta años aprendiendo, desarrollándome, creciendo en cuerpo y espíritu, había alcanzado ahora la madurez de mi intelecto, había llegado ahora a esa cima de la vida desde la cual esta se revela por completo, solo para permanecer allí plantado como un estúpido, comprendiendo con claridad que no hay nada en la vida, que nunca lo había habido y que nunca lo habrá. «Y ese alguien se ríe…».

Pero tanto si hay alguien que se ríe de mí como si no, eso no me hace las cosas más fáciles. No podía dar un sentido racional a ningún acto de mi vida por separado ni a mi vida en conjunto. Lo único que me sorprendía era cómo no lo había comprendido desde el principio. Desde hacía mucho tiempo todo el mundo lo sabía. Si no es hoy será mañana cuando lleguen las enfermedades y la

muerte (de hecho, ya se están aproximando) para los seres queridos, para mí, y no quedará nada, salvo pestilencia y gusanos. Mis acciones, sean las que sean, tarde o temprano caerán en el olvido, y yo ya no existiré. ¿A qué viene afanarse, pues? ¿Cómo puede una persona vivir y no darse cuenta? ¡Eso es lo sorprendente! Solo se puede vivir mientras dura la embriaguez de la vida, pero cuando uno se quita la borrachera es imposible no ver que todo es un engaño, ¡un engaño estúpido! Lo cierto es que no hay en ello nada gracioso ni ingenioso; solo es cruel y estúpido.

Hay una vieja fábula oriental que cuenta la historia de un viajero sorprendido en la estepa por una fiera furiosa. Para escapar de la fiera, el viajero salta al interior de un pozo sin agua, pero en el fondo del pozo ve un dragón con las fauces abiertas, dispuesto a devorarlo. Y el infeliz, sin atreverse a salir por temor a convertirse en presa de la bestia feroz, ni a saltar al fondo del pozo para no ser devorado por el dragón, se agarra a las ramas de un arbusto salvaje que crece en las grietas del pozo, y así queda colgado. Los brazos se le debilitan y siente que pronto tendrá que abandonarse a la muerte, que lo espera a ambos lados, pero sigue aferrándose, y, mientras se aferra, mira alrededor y ve que dos ratones, negro uno y blanco el otro, giran regularmente en torno al tronco del arbusto del cual está colgado, y lo roen. De un momento a otro el arbusto se quebrará, y él caerá en las fauces del dragón. El viajero lo ve y sabe que su muerte es inevitable; pero, mientras continúa suspendido, busca a su alrededor, y halla sobre las hojas del arbusto algunas gotas de miel; las alcanza con la lengua y las lame. Así me aferro a las ramas de la vida, sabiendo que el dragón de la muerte me espera inevitablemente, preparado para despedazarme, y no puedo comprender por qué me veo sometido a este tormento. E intento chupar esa miel que antes me consolaba; pero esa miel ahora no me complace, y, entretanto, el ratón blanco y el negro roen noche y día la rama de la que cuelgo. Veo claramente el dragón, y la miel ya no me parece dulce. No veo más que una cosa: el ineludible dragón y los ratones, y no puedo apartar la vista de ellos. Y esto no es una fábula, sino la auténtica, la incontestable, la inteligible verdad para todos.

La antigua ilusión de la felicidad de la vida, que había ahogado mi miedo al dragón, ya no me engañaba. Por mucho que me dijeran:

«Tú no puedes comprender el sentido de la vida, no pienses, vive», yo no podía hacerlo, porque ya lo había hecho durante mucho tiempo. Ahora no puedo dejar de ver los días y las noches que pasan volando y me conducen a la muerte. Es lo único que veo porque es la única verdad. Todo el resto es mentira.

Esas dos gotas de miel que más que ninguna otra cosa me hicieron desviar la mirada de la cruel verdad —el amor a mi familia y el amor a la escritura, que yo llamaba arte— ya no me parecían dulces.

«La familia…», me decía yo, pero mi familia, esposa e hijos, también son seres humanos. Se encuentran en las mismas condiciones que yo: tienen que vivir en la mentira o ver la terrible verdad. ¿Para qué viven? ¿De qué me sirve amarlos, protegerlos, educarlos y velar por ellos? ¿Para que se sumen en la misma desesperación que yo o para que caigan en la estupidez? Amándolos, no puedo ocultarles la verdad. Cada paso dado hacia el conocimiento los conduce a la verdad. Y esa verdad es la muerte.

«¿El arte, la poesía…?». Bajo la influencia del éxito y de los elogios de los hombres, me convencí durante mucho tiempo de que eso era algo que se podía hacer, a pesar de que la muerte vendría a aniquilarlo todo: a mí, a mis hechos, y hasta el recuerdo de esos hechos; pero pronto comprendí que aquello también era un engaño. Veía claro que el arte era un adorno de la vida, una atracción. Pero habiendo perdido la vida su atractivo para mí ¿cómo podía atraer a los demás hacia ella? Mientras no viviera la mía propia, mientras viviera una vida ajena que me transportaba sobre sus olas, mientras creyera que la existencia tenía un significado, aunque yo no pudiera expresarlo, el reflejo de cualquier tipo de vida en la poesía y las artes me proporcionaba placer; me divertía mirar la existencia en el espejito del arte. Pero cuando comencé a buscar el sentido de la vida, cuando sentí la necesidad de vivir mi propia existencia, ese espejito se volvió inútil, superfluo, ridículo, penoso. Me era imposible consolarme viendo en el espejito que mi situación era estúpida y desesperada. Había podido regocijarme cuando creía en el fondo del alma que mi existencia tenía sentido. Entonces ese juego de luces y sombras, el juego de elementos cómicos, trágicos, conmovedores, bellos, terribles de la vida me consolaba. Pero

cuando supe que esta era absurda y terrible, ya no podía divertirme el juego del espejito. El dulzor de la miel ya no me parecía dulce, porque veía el dragón, así como los ratones que roían mi asidero.

Pero no acabó ahí. Si hubiera comprendido simplemente que la vida no tenía sentido, habría podido aceptarlo con tranquilidad, habría podido saber que aquel era mi destino. Pero no conseguía contentarme con eso. Si hubiera sido como aquel que habita en un bosque del que sabe que no hay salida, habría podido vivir; pero era como un hombre perdido en un bosque, presa del terror por haberse extraviado, que corre en todas direcciones en busca de salida, y que, aun sabiendo que con cada paso que da se pierde más, no puede dejar de correr.

Eso era lo terrible. Y, para liberarme de ese espanto, quería matarme. Sentía horror por lo que me aguardaba; sabía que ese horror era aún más terrible que la misma situación, pero no podía ahuyentarlo ni esperar el fin con paciencia. No importa cuán convincente fuera el argumento de que, de todas maneras, un vaso sanguíneo del corazón se rompería, o de que estallaría alguna cosa, y todo acabaría, yo no podía esperar el fin con paciencia. El terror de las tinieblas era demasiado grande, y yo quería librarme de él pronto, lo más pronto posible, con ayuda de una cuerda o de una bala. Ese era el sentimiento que me empujaba, cada vez con más fuerza, hacia el suicidio.

V

«Pero ¿acaso hay algo que se me haya escapado, algo que no haya comprendido? —me preguntaba una y otra vez—. No es posible que este estado de desesperación sea común a todos los hombres». Y buscaba una explicación a esas cuestiones en todos los conocimientos adquiridos por los hombres. E investigué largo tiempo, concienzudamente. No lo hice con poco entusiasmo, por vana curiosidad; sino dolorosa, persistentemente, día y noche, como un hombre a punto de morir busca la salvación; y no encontré nada.

Busqué en las ciencias y no solo no hallé nada, sino que me convencí de que todos los que como yo habían buscado en ellas tampoco habían conseguido dar con nada. Y no solo no habían encontrado nada, sino que reconocieron con claridad lo mismo que a mí me había llevado a la desesperación: que el único conocimiento absoluto accesible al hombre era la absurdidad de la vida.

Buscaba en todas partes. Y gracias a mi vida dedicada al estudio y a mis relaciones con el mundo de la ciencia estaba en contacto con sabios de las más variadas ramas del conocimiento. Y esos eruditos no se negaron a revelarme el fruto de su aprendizaje, y no solo a través de sus libros, sino también por medio de conversaciones; así supe cómo la ciencia responde a la cuestión de la vida.

Durante mucho tiempo no pude creer que la ciencia no diera más respuesta a la cuestión de la vida que la que efectivamente daba. Durante mucho tiempo, me pareció, considerando la importancia y la seriedad del tono con que la ciencia sostenía sus posiciones (que nada tenían que ver con los problemas de la vida humana), que había algo que no había comprendido. Durante mucho tiempo me sentí intimidado por la ciencia; pensaba que la falta de correspondencia entre las respuestas y las preguntas no era culpa de aquella, sino que se debía a mi ignorancia. No era un asunto de broma para mí, o un pasatiempo; esa cuestión era toda mi vida, y yo, de grado o por fuerza, llegué al convencimiento de que mis

preguntas eran las únicas legítimas, de que servían de base a todas las ramas del conocimiento y de que la culpa no era mía ni de mis preguntas, sino de la ciencia, si esta tenía la pretensión de responder a tales cuestiones.

Mi pregunta, la que a los cincuenta años me condujo al borde del suicidio, era la más sencilla; reside en el alma de todo ser humano, desde el niño estúpido hasta el anciano más sabio, una pregunta sin la cual la vida es imposible, como yo mismo he experimentado. La pregunta es: «¿Qué resultará de lo que hoy haga? ¿De lo que haga mañana? ¿Qué resultará de toda mi vida?».

Expresada de otra forma, la pregunta sería la siguiente: «¿Para qué vivir, para qué desear, para qué hacer algo?». O formulada todavía de otro modo: «¿Hay algún sentido en mi vida que no será destruido por la inevitable muerte que me espera?».

Buscaba en el conocimiento humano una respuesta a esa pregunta, que era la misma diversamente formulada. Y encontré que con relación a ella la totalidad del conocimiento humano se divide, por así decirlo, en dos hemisferios, en cuyos extremos se encuentran dos polos: uno positivo y otro negativo; pero en ninguno de esos polos había respuestas a las cuestiones de la vida.

Toda una serie de ciencias parecen no admitirlas siquiera, pero en cambio responden con claridad y precisión a las preguntas que ellas mismas plantean: se trata de ciencias experimentales en cuyo punto extremo se hallan las matemáticas. Otra serie de ciencias admiten la cuestión, pero no la contestan: son un conjunto de ciencias especulativas en cuyo punto extremo se encuentra la metafísica.

Desde mi primera juventud me interesé por las ciencias especulativas, pero después me atrajeron también las matemáticas y las ciencias naturales, y hasta que no planteé mi pregunta claramente, hasta que esa cuestión no hubo crecido en mí con la insistente exigencia de ser resuelta, hasta ese momento me contentaba con las respuestas falsificadas que ofrece la ciencia en general.

O bien, en el campo experimental, me decía: «Todo se desarrolla y se diferencia, va hacia una mayor complejidad y se mueve hacia la

perfección, y hay unas leyes que rigen ese proceso. Tú eres una parte del todo. Si comprendes el todo en la medida de lo posible, así como la ley de su evolución, sabrás cuál es tu lugar en ese todo y te conocerás a ti mismo». Por mucho que me avergüence confesarlo, hubo un tiempo en que parecía contentarme con eso. Era la época en que yo me desarrollaba, me volvía más complejo. Mis músculos crecían y se fortalecían, mi memoria era más rica, mi capacidad de razonamiento y de comprensión aumentaba. Crecía y me desarrollaba, y al sentir ese crecimiento me resultaba natural pensar que la perfectibilidad era la ley que gobernaba el universo y que en esa idea encontraría la respuesta a las cuestiones de mi vida. Pero llegó el momento en que mi crecimiento se detuvo; sentía que ya no me desarrollaba, sino que me encogía, se me debilitaban los músculos, se me caían los dientes, y me di cuenta de que esa ley no solo no me explicaba nada, sino que nunca había habido ni podía haber una ley de ese tipo; que solo había tomado por ley algo que había encontrado en mí mismo en un determinado período de mi vida. Cuando examiné la definición de esa ley con más rigor, comprendí con claridad que no podía haber una ley del desarrollo infinito; comprendí que no significaba nada decir: «En el espacio y el tiempo infinitos, todo se desarrolla, se perfecciona, se complica, se diferencia». Eran palabras desprovistas de sentido, puesto que en el infinito no hay complejidad o sencillez, antes o después, mejor o peor.

Lo más importante era que mi cuestión personal, la cuestión de qué soy yo con todos mis deseos, continuaba totalmente sin responder. Y comprendí que esas ciencias eran muy interesantes y atractivas, pero que su precisión y su claridad eran inversamente proporcionales a su aplicabilidad a las cuestiones de la vida: cuanto menos aplicables son a las cuestiones de la vida, más precisas y claras son; cuanto más tratan de dar solución a las cuestiones de la vida, menos claras y atractivas se vuelven. Si recurrimos a las disciplinas que intentan dar solución a las cuestiones de la vida —la fisiología, la psicología, la biología, la sociología—, encontramos una pobreza de pensamiento pasmosa, una falta de claridad enorme, una pretensión injustificada de resolver cuestiones para las cuales dichas ciencias son incompetentes, y contradicciones incesantes entre un pensador y otro, e incluso pensadores que se contradicen a sí mismos. Si nos volvemos hacia las disciplinas que

no tratan de resolver las cuestiones de la vida, sino que dan respuesta a sus preguntas específicas, científicas, nos admiramos de la fuerza del intelecto humano, aun sabiendo por anticipado que no encontraremos respuesta a la cuestión de la vida. Esas ciencias la ignoran abiertamente. Dicen: «No podemos responderte quién eres ni por qué vives; no tenemos respuestas a esas preguntas, y no nos ocupamos de eso. Pero si necesitas conocer las leyes de la luz y de los compuestos químicos, las leyes del desarrollo de los organismos; si necesitas conocer las leyes de los cuerpos, su forma y la relación entre números y dimensiones; si necesitas conocer las leyes de tu intelecto, para todo eso tenemos respuestas claras, precisas y categóricas».

En general, la relación de las ciencias experimentales con la cuestión de la vida se puede expresar así: Pregunta: ¿Por qué vivo? Respuesta: En el espacio infinitamente grande, en el tiempo infinitamente largo, partículas infinitesimales experimentan modificaciones en una complejidad infinita, y cuando hayas comprendido las leyes que gobiernan esas modificaciones, comprenderás por qué vives.

O bien, moviéndome en el terreno especulativo, me decía: «Toda la humanidad vive y se desarrolla sobre la base de los principios espirituales, de acuerdo con los ideales que la guían. Esos ideales se expresan en las religiones, en las ciencias, en las artes, en las formas de gobierno. Cuanto más elevados son esos ideales, más avanza la humanidad hacia la felicidad suprema. Yo soy una parte de la humanidad, y mi misión, por consiguiente, consiste en contribuir al conocimiento y a la realización de los ideales de la humanidad». Mientras persistió la debilidad de mi mente, me sentí satisfecho con eso; pero en cuanto la cuestión de la vida se alzó con claridad ante mí, toda esa teoría se derrumbó al instante. Sin hablar de esa imprecisión que resulta de la negligencia con que las ciencias de ese tipo hacen pasar unas conclusiones basadas en el estudio de una pequeña parte de la humanidad por conclusiones generales; sin hablar de las contradicciones internas entre los diversos partidarios de esa teoría respecto a lo que son los ideales de la humanidad; lo extraño (por no decir lo estúpido) de esa visión consiste en que para responder a la pregunta que todo hombre se plantea, «¿Qué soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué debo hacer?», el hombre antes tiene que

contestar a esta pregunta: «¿Qué es la vida de toda esa humanidad desconocida para mí, de la cual solo conozco una ínfima parte durante un período de tiempo minúsculo?». Para comprender qué es él, un hombre primero debe comprender el misterio absoluto de la humanidad, una humanidad compuesta de hombres como él, que no se comprenden a sí mismos.

Debo confesar que hubo un tiempo en que creía eso. Era el tiempo en que tenía mis ideales preferidos, que justificaban mis caprichos, y me esforzaba por inventar una teoría que me permitiera considerar estos últimos como una ley de la humanidad. Pero, desde el momento en que la cuestión de la vida emergió en mi alma con toda claridad, esa respuesta quedó reducida a polvo. Y comprendí que, lo mismo que entre las ciencias experimentales hay ciencias genuinamente científicas y semiciencias que intentan dar respuesta a preguntas que no les competen, también hay toda una serie de ciencias de lo más variadas que se afanan por responder a cuestiones que no les competen. Esas semiciencias —las ciencias jurídicas, sociales e históricas— intentan resolver las cuestiones del individuo dando la apariencia de responder, cada una a su manera, a la cuestión de la vida, que afecta a toda la humanidad.

Pero, así como en el campo de las ciencias experimentales el hombre que se pregunta sinceramente cómo debe vivir no puede contentarse con la respuesta: «Estudia en el espacio infinito los cambios, infinitos en tiempo y en complejidad, de las partículas, ellas mismas infinitas, y entonces comprenderás tu vida», de la misma manera el hombre sincero no puede contentarse con la respuesta: «Estudia la vida de toda la humanidad, de la cual no podemos conocer el principio ni el fin, y de la que ni siquiera conocemos una pequeña parte, y entonces comprenderás tu vida». Lo mismo que las semiciencias experimentales, estas otras semiciencias, cuanto más se alejan de sus propósitos, más llenas están de imprecisiones, de puntos oscuros, de estupideces y de contradicciones. La tarea de la ciencia experimental es determinar la secuencia causal de los fenómenos materiales. Basta que una ciencia experimental introduzca la cuestión de la causa final para que caiga en el absurdo. La tarea de la ciencia especulativa es el conocimiento de la esencia no causal de la vida. Basta que introduzca el análisis de los fenómenos causales, como los

fenómenos sociales, históricos, para que caiga en el absurdo.

La ciencia experimental, por lo tanto, solo ofrece un conocimiento positivo y muestra la grandeza de la inteligencia humana cuando no incluye en su análisis las causas finales. Y viceversa, la ciencia especulativa solo es ciencia y muestra la grandeza de la inteligencia humana cuando elimina totalmente las cuestiones de la secuencia de los fenómenos causales y considera al hombre únicamente en relación con la causa final. Así, en este campo de la ciencia, constituyendo el polo de este hemisferio, se hallan la metafísica o la filosofía especulativa. Esta ciencia plantea claramente la cuestión: «¿Qué soy yo y qué es el universo? ¿Y por qué existo y por qué existe todo el universo?». Y desde que esta ciencia existe responde de la misma manera. Tanto si el filósofo llama a esa esencia de la vida que está en mí y en todo lo que existe «idea», «sustancia», «espíritu» o «voluntad», no dice más que una sola cosa, esto es, que esta esencia existe y que yo soy esa misma esencia, pero por qué existe él no lo sabe, y, si es un pensador riguroso, no lo responde. Y pregunto yo: «¿Por qué existe esa esencia y qué resultará del hecho de que ella es y será?». Y la filosofía no solo no da una respuesta, sino que todo lo que puede hacer es esa pregunta. Y si es una verdadera filosofía, todo su trabajo consiste en plantear con claridad esta cuestión. Y si se aferra firmemente a su propósito, entonces solo puede tener una respuesta a la pregunta de qué soy y qué es el universo: todo y nada. Y a la pregunta de por qué existe el mundo y por qué existo, solo puede responder: no lo sé.

Así que, por más vueltas que me empeñase en dar a las respuestas especulativas de la filosofía, no obtendría nada parecido a una respuesta; no porque, como en el caso de las nítidas ciencias experimentales, la respuesta no esté relacionada con mi pregunta, sino porque, aunque todo el trabajo intelectual esté dirigido a mi pregunta, no habrá una respuesta. Y en lugar de una respuesta todo lo que se obtiene es la misma pregunta planteada de una forma mucho más compleja.

VI

En mi búsqueda de respuestas a la cuestión de la vida, experimentaba exactamente el mismo sentimiento que el hombre que se ha perdido en un bosque.

Al llegar a un claro, trepa a un árbol y ve con nitidez vastos espacios, pero también ve que allí no hay ninguna casa ni puede haberla; se adentra en la espesura, en la oscuridad, y ve las tinieblas, y tampoco allí hay nada, no hay ninguna casa.

Así vagaba yo por el bosque de los conocimientos humanos, entre los claros de las ciencias matemáticas y experimentales que me abrían horizontes luminosos, pero en una dirección en la que no podía haber casa alguna, y entre las tinieblas de las ciencias especulativas, cuya oscuridad crecía a medida que me sumergía en ellas; al final me convencí de que no había, ni era posible que hubiera, ninguna salida. Cuando me entregaba a la cara luminosa del conocimiento, comprendía que no hacía sino apartar los ojos de la cuestión. Por muy tentadores y luminosos que fueran los horizontes que se me abrían, por muy tentador que fuera sumergirme en el infinito de esos conocimientos, pronto me di cuenta de que cuanto más claros eran esos conocimientos, menos los necesitaba y menos respondían a mi problema.

«Pues bien —me decía a mí mismo—, sé todo lo que la ciencia desea saber con tanta insistencia, pero por ese camino no encontraré respuesta a la cuestión del sentido de mi vida». En el campo especulativo, comprendía que, a pesar de que el fin de ese conocimiento estaba dirigido a responder a mi pregunta, o precisamente por ello, no había otra respuesta que la que yo ya me había dado a mí mismo: «¿Cuál es el sentido de mi vida? Ninguno». O bien: «¿Qué resultará de mi vida? Nada». O bien: «¿Por qué existe todo lo que existe y por qué existo yo? Porque existimos».

Cuando formulaba preguntas a una rama del conocimiento humano, recibía un sinfín de respuestas precisas relativas a cuestiones que no había planteado: la composición química de las estrellas, el

movimiento del Sol hacia la constelación de Hércules, el origen de las especies y del hombre, la estructura íntima de los átomos, las vibraciones de las infinitesimales, imponderables partículas del éter. Pero en ese campo del conocimiento a mi pregunta «¿Cuál es el sentido de la vida?» recibía por única respuesta: «Eres lo que llamas tu vida, una cohesión de partículas fortuita y temporal. La interacción mutua, las alteraciones de las partículas producen en ti lo que tú llamas tu vida. Esa cohesión se mantendrá cierto tiempo; después, la interacción de las partículas cesará, y lo que llamas vida también cesará, así como todas las cuestiones que te planteas. Eres una bolita de algo que se ha constituido fortuitamente. Esa bolita se pudre. Y llama "vida" a esa putrefacción. La bolita se disgregará, y la putrefacción cesará, lo mismo que todas las cuestiones». Así responde el lado claro del conocimiento, y no puede hacerlo de otra manera si se atiene con rigor a sus propios fundamentos.

Es evidente que esa no era la respuesta a mi cuestión. Necesito conocer el sentido de mi vida, y el hecho de que esta sea una partícula del infinito, en vez de darle sentido, destruye todos los sentidos posibles.

Esos confusos acuerdos del sector de la ciencia experimental y exacta con la especulación, en función de los cuales se dice que el sentido de la vida consiste en el desarrollo y en la cooperación a tal desarrollo, no pueden considerarse respuestas a causa de su imprecisión y falta de claridad.

El otro dominio de la ciencia, el especulativo, cuando se atiene rigurosamente a sus fundamentos y responde directamente a mi cuestión, no ofrece otra respuesta que la que se ha dado en todas partes a través de los siglos: el mundo es algo infinito e incomprensible. La vida humana es una parte incomprensible de ese «todo» incomprensible. De nuevo excluyo los acuerdos entre las ciencias especulativas y las ciencias experimentales que constituyen el lastre de las semiciencias, las así llamadas ciencias jurídicas, políticas e históricas. También en estas ciencias los conceptos de desarrollo y de perfeccionamiento son erróneamente introducidos, con la única diferencia de que dichas ciencias no se ocupan del desarrollo de todo, sino de la vida de los hombres. El error es idéntico: el desarrollo y la perfección en el infinito no pueden tener

ni propósito ni dirección y por tanto no pueden dar respuesta a mi cuestión.

Allí donde la ciencia especulativa es precisa, en la verdadera filosofía, y no en la que Schopenhauer llama la «filosofía académica», cuyo único objetivo es clasificar todos los fenómenos existentes con arreglo a nuevas categorías filosóficas y darles nuevos nombres, allí donde el filósofo no pierde de vista la cuestión esencial, la respuesta es siempre la misma, la ya dada por Sócrates, Schopenhauer, Salomón, Buda.

«No nos acercamos a la verdad sino en la medida que nos alejamos de la vida —dice Sócrates preparándose para morir—. ¿Por qué nosotros, que amamos la verdad, nos precipitamos hacia la vida? Para liberarnos del cuerpo y de todo el mal resultante de la vida del cuerpo. Si es así, ¿cómo, pues, no alegrarnos cuando la muerte viene a nuestro encuentro?».

«El sabio busca la muerte durante toda su vida, es por ello por lo que no teme a la muerte».

He aquí lo que dice Schopenhauer: «Si aceptamos la esencia interna del mundo como voluntad, y aceptamos la objetividad de esa voluntad en todos los fenómenos, desde las aspiraciones inconscientes de las fuerzas oscuras de la naturaleza hasta las actividades plenamente conscientes del hombre, no podemos eludir la conclusión de que, con la libre negación y la autodestrucción de la voluntad, también desaparecerán todos los fenómenos; la constante aspiración, la inclinación sin fin y sin descanso hacia todos los niveles de objetividad que conforman el universo desaparecerá, la variedad de formas sucesivas desaparecerá, cuando la forma desaparezca, desaparecerán también esos fenómenos con sus formas generales, espacio y tiempo, y, finalmente, su forma última esencial: sujeto y objeto. No hay idea sin voluntad, y tampoco universo. Ante nosotros, por supuesto, solo queda la nada. Pero lo que se opone a ese tránsito a la nada —nuestra naturaleza — no es más que la voluntad de vivir (Wille zum Leben), de la que estamos constituidos nosotros al igual que nuestro mundo. Lo que tememos tanto de la nada, o, lo que es lo mismo, nuestra voluntad de vivir, solo significa que no somos nada más que esa voluntad de vivir y que no sabemos nada fuera de ella. Por eso, después de la

aniquilación total de la voluntad, para nosotros, que todavía estamos llenos de voluntad, no quedará, por supuesto, otra cosa que la nada; pero, por el contrario, para aquellos en que la voluntad se ha transformado y negado a sí misma, para ellos nuestro universo, tan real con todos sus soles y sus vías lácteas, no es más que la nada».

«Vanidad de vanidades —dice Salomón—. Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho obtiene el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol? Generación va y generación viene, pero la tierra siempre permanece. Lo que ya ha acontecido volverá a acontecer, lo que ya se ha hecho se volverá a hacer; y no hay nada nuevo bajo del sol. ¿Acaso hay algo de lo que pueda decirse: "He aquí esto, que es nuevo"? Ya aconteció en los siglos que nos han precedido. No queda memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que ha de suceder quedará memoria en los que vengan después. Yo, el Eclesiastés, reiné en Jerusalén sobre Israel. Me entregué de corazón a investigar y a buscar con sabiduría todo cuanto se hace bajo el cielo: este penoso trabajo dio a los hijos de los hombres Dios para que se ocuparan en él. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol, y vi que todo ello es vanidad y aflicción de espíritu… Hablé yo en mi corazón, diciendo: "He aquí, yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría más que todos mis predecesores en Jerusalén, y mi corazón ha percibido mucha sabiduría y ciencia". De corazón me dediqué a conocer la sabiduría, y también a entender las locuras y los desvaríos. Y supe que aun esto era aflicción de espíritu, pues en la mucha sabiduría hay mucho sufrimiento; y quien añade ciencia, añade dolor. Dije yo en mi corazón: "Vamos, pues, te probaré con el placer: gozarás de lo bueno". Pero he aquí: esto también era vanidad. A la risa la considero una locura; en cuanto a los placeres, ¿para qué sirven? Decidí en mi corazón agasajar mi carne con vino y, sin renunciar mi corazón a la sabiduría, entregarme a la necedad, hasta ver cuál es el bien en el que los hijos de los hombres se ocupan debajo del cielo todos los días de su vida. Acometí grandes obras, levanté casas, planté viñedos; cultivé mis propios huertos y jardines, y en ellos planté toda clase de árboles frutales. También construí aljibes para irrigar los muchos árboles que allí crecían. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa. Tuve muchas más vacas y ovejas que todos los que me precedieron en Jerusalén. Amontoné oro y plata, y preciados tesoros que fueron de reyes y de provincias.

Me hice de cantores y cantoras y de los deleites de los hijos de los hombres, toda clase de instrumentos musicales. Fui engrandecido y prosperé más que todos los que me precedieron en Jerusalén. Además, conservé conmigo mi sabiduría. No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni privé a mi corazón de placer alguno… Miré luego todas las obras de mis manos y el trabajo que me tomé para hacerlas; y he aquí: todo es vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho bajo el sol. Después volví a considerar la sabiduría, los desvaríos y la necedad.… Pero también comprendí que lo mismo ha de acontecerle al uno como al otro. Entonces dije en mi corazón: "Como sucederá al necio, me sucederá a mí. ¿Para qué, pues, me he esforzado hasta ahora por hacerme más sabio?" Y dije en mi corazón que también esto era vanidad. Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre; pues en los días venideros todo será olvidado, y lo mismo morirá el sabio que el necio. Y aborrecí la vida, pues la obra que se hace bajo el sol me era fastidiosa, por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu. Asimismo, aborrecí todo el trabajo que había hecho debajo del sol, y que habré de dejar a otro que vendrá después de mí… Porque ¿qué obtiene el hombre de todo su trabajo y de la fatiga de su corazón con que se afana debajo del sol? Porque todos sus días no son sino dolores, y sus trabajos, molestias, pues ni aun de noche su corazón reposa. Esto también es vanidad. No hay cosa mejor para el hombre que comer y beber, y gozar del fruto de su trabajo…

»Todo acontece de la misma manera a todos; lo mismo les ocurre al justo y al malvado, al bueno, al puro y al impuro, al que sacrifica y al que no sacrifica; lo mismo al bueno que al pecador, tanto al que jura como al que teme jurar. Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol: que un mismo suceso acontece a todos, y que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez durante toda su vida. Y que después de esto se van con los muertos. Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos, pues mejor es perro vivo que león muerto. Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa, porque su memoria cae en el olvido. También desaparecen su amor, su odio y su envidia; y ya nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol».

Así habla Salomón, o quien escribiera esas palabras.

Y he aquí lo que nos enseña la sabiduría hindú: Sakyamuni, un príncipe joven y feliz a quien le habían ocultado las enfermedades, la vejez, la muerte, sale a dar un paseo y se encuentra a un viejo feo, desdentado y cubierto de babas. El príncipe, que no había conocido hasta ese momento la vejez, se sorprende y le pregunta al cochero qué significa eso y cómo es que ese hombre ha llegado a un estado tan lamentable y repulsivo. Y cuando descubre que esa es la suerte común de todos los hombres, y que también a él, joven príncipe, le aguarda lo mismo, no puede continuar con el paseo y da la orden de volver a casa para reflexionar sobre todo aquello. Y se encierra solo y reflexiona. Y probablemente encuentra algún consuelo, puesto que de nuevo sale a pasear, alegre y dichoso. Pero esta vez se encuentra con un enfermo. Ve a un hombre demacrado, lívido, tembloroso, con los ojos turbios. El príncipe, a quien le habían ocultado las enfermedades, se detiene y pregunta qué es eso. Y cuando se entera de que eso es la enfermedad, a la cual todos los hombres están expuestos, y de que, también él, príncipe sano y feliz, puede caer enfermo desde mañana mismo, siente de nuevo que le faltan ánimos para alegrarse, da la orden de volver a casa y vuelve a buscar la tranquilidad; sin duda, la encuentra, puesto que, por tercera vez, sale a pasear; pero también esta vez le aguarda un nuevo espectáculo: ve que están transportando algo. «¿Qué es eso?». «Un hombre muerto». «¿Qué quiere decir muerto?», pregunta el príncipe. Le explican que estar muerto significa convertirse en lo que se ha convertido ese hombre. El príncipe se acerca al muerto, lo descubre y lo mira. «¿Qué será de él ahora?», pregunta el príncipe. Y le dicen que lo enterrarán. «¿Por qué?». «Porque nunca volverá a estar vivo, y de él solo quedarán gusanos y putrefacción». «¿Y ese es el destino de todos los hombres? ¿Me sucederá a mí lo mismo? ¿Me enterrarán, y despediré hedor, y los gusanos me comerán?». «Sí». «¡Atrás! No quiero ir a pasear, ni ahora ni nunca».

Sakyamuni no podía encontrar consuelo en la vida. Decidió que la vida era el más grande de los males, y empleó todas las fuerzas de su alma en liberarse de ella y liberar a los demás, de manera que después de la muerte la vida no se renovara, para aniquilar la vida por completo, de raíz. Eso es lo que dice la sabiduría hindú.

Esas son las respuestas directas dadas por la sabiduría humana a la cuestión de la vida.

«La vida del cuerpo es un mal y una mentira. Por eso la destrucción de la vida del cuerpo es un bien, y debemos desearla», dice Sócrates.

«La vida es lo que no debe ser, un mal; y el tránsito a la nada es el único bien», dice Schopenhauer.

«Todo en el mundo, la necedad, la sabiduría, la riqueza, la miseria, la alegría, el dolor, es vanidad y nadería. El hombre morirá, y nada quedará. Y esto es absurdo», dice Salomón.

«Es imposible vivir sabiendo que el sufrimiento, el debilitamiento, la vejez y la muerte son inevitables; es preciso liberarnos de la vida y de toda posibilidad de vida», dice Buda.

Lo mismo que han dicho esas mentes poderosas, lo han dicho, pensado y sentido millones de personas como ellos. Y eso es lo mismo que he pensado y sentido yo mismo.

Así, mi vagabundeo por las ciencias no solo no me libró de mi desesperación, sino que la exacerbó. Un área del conocimiento no respondía a la cuestión de la vida, otra contestaba directamente confirmando mi desesperación, demostrándome que la situación a la que había llegado no era fruto de un equívoco mío, de un estado enfermizo de mi intelecto. Por el contrario, esa área del conocimiento me confirmaba que yo pensaba correctamente y que coincidía con las conclusiones a las que habían llegado las mentes más poderosas de la humanidad.

Engañarse a uno mismo no tiene sentido. Todo es vanidad. Feliz el que no ha nacido; la muerte es preferible a la vida, hay que librarse de ella.

VII

Al no encontrar una explicación en la ciencia, me puse a buscarla en la vida, esperando hallarla en las personas que me rodeaban. Y observé a esa gente, que era como yo, para ver cómo vivían y se enfrentaban a la pregunta que me había llevado a la desesperación.

Y he aquí lo que encontré en las personas cuyas circunstancias eran exactamente las mismas que las mías en cuanto a educación y modo de vida.

Descubrí que para la gente de mi clase social hay cuatro maneras de escapar de la terrible situación en la que todos nos hallamos.

La primera salida es la de la ignorancia. Consiste en no saber, en no comprender que la vida es un mal, un absurdo. Las personas que pertenecen a esta categoría —en su mayor parte mujeres, o bien hombres muy jóvenes o muy estúpidos— no han comprendido aún el problema de la vida que se le presentó a Schopenhauer, a Salomón, a Buda. No ven ni el dragón que les espera, ni los ratones que roen los arbustos que los sostienen, y no hacen otra cosa que lamer las gotas de miel. Pero lamen estas gotas de miel solo por un tiempo: algo atraerá su atención hacia el dragón y los ratones, y sus lamidos cesarán. No tengo nada que aprender de esta gente, puesto que uno no puede dejar de saber lo que ya sabe.

La segunda salida es el epicureísmo. Consiste en aprovechar los bienes que se nos ofrecen pese a conocer la desesperanza de la vida, no mirar el dragón ni los ratones, sino lamer la miel de la mejor manera posible, especialmente si hay mucha sobre el arbusto. Salomón expresa así esta idea:

«Me gozo, pues, de la alegría, ya que lo único bueno bajo el sol para el hombre es comer, beber y alegrarse, y esto le acompaña en su trabajo todos los días de la vida que Dios le ha dado…

»Anda y come tu pan con alegría, y bebe tu vino con buen corazón!… Goza la vida con la mujer que amas, todos los días de la

vana vida que tienes bajo el sol, todos tus vanosdías , pues es lo tuyo mientras vives y trabajas bajo el sol… Todo lo que esté al alcance de tu mano, hazlo con todas tus fuerzas, porque en el sepulcro adonde te diriges no hay acción, ni discernimiento, ciencia ni sabiduría».

A esta segunda salida se atienen la mayoría de las personas de nuestra clase. Las condiciones en las que se encuentran hacen que tengan más cosas buenas que malas; su embotamiento moral les permite olvidar que las ventajas de su situación son accidentales, que no todos pueden tener mil mujeres y palacios como Salomón, que por cada hombre que tiene mil mujeres hay mil hombres sin mujer, y que por cada palacio hay mil hombres que lo construyen con el sudor de su frente, y que esa misma casualidad que hoy me ha hecho ser Salomón puede hacerme mañana esclavo de Salomón. La estupidez de la imaginación de estas personas les permite olvidar lo que no daba sosiego a Buda: la inevitabilidad de la enfermedad, de la vejez y de la muerte, que, si no hoy mañana, destruirán todos estos placeres. El hecho de que algunas de esas personas afirmen que la estupidez de pensamiento y de imaginación es filosofía positiva, a mi parecer, no los distingue de aquellos que lamen la miel sin ver el problema. Yo no puedo imitar a esa gente, puesto que no tengo falta de imaginación y no puedo fingir que la tengo. No puedo, como cualquier hombre que vive auténticamente, apartar los ojos de los ratones y del dragón después de haberlos visto una vez.

La tercera salida es la de la fuerza y la energía. Consiste en destruir la vida después de comprender que esta es un mal y una absurdidad. Solo actúan así las escasas personas que son fuertes y consecuentes. Comprendiendo toda la estupidez de la broma que les han gastado y que el bien de los muertos es superior al bien de los vivos y que es mejor no existir, actúan y ponen fin de una vez por todas a esa estúpida broma, puesto que hay medios para hacerlo: una soga al cuello, agua, un cuchillo para atravesar el corazón, los trenes en las vías. Cada vez es mayor el número de personas de nuestra clase que actúan así. Y lo hacen, sobre todo, en el mejor período de su vida, cuando las fuerzas del alma están en su apogeo y todavía son escasos los hábitos degradantes para la razón humana que han adquirido. Vi que esta era la salida más digna y quería

obrar siguiendo el ejemplo.

La cuarta salida es la de la debilidad. Consiste en continuar arrastrando la vida, aun comprendiendo su mal y su absurdidad, sabiendo de antemano que nada puede resultar de ella. Las personas que pertenecen a esta categoría saben que la muerte es mejor que la vida, pero no tienen fuerzas para actuar razonablemente y poner fin cuanto antes a ese engaño matándose; en su lugar, parecen estar esperando que pase algo. Es la salida de la debilidad, puesto que si sé lo que es mejor y está a mi alcance hacerlo, ¿por qué no abandonarme a ello?… Yo pertenecía a esa categoría.

Así, las personas de mi clase se evaden de esta terrible contradicción de cuatro maneras. Por mucho que hubiera ejercitado mis facultades mentales, no encontré nada más que esas cuatro salidas. Primera salida: no comprender que la vida es absurdidad, vanidad, mal, y que es mejor no vivir. No podía dejar de saber esto y, una vez descubierta la verdad, no podía cerrar los ojos. Segunda salida: aprovechar la vida tal como es sin pensar en el futuro. Pero tampoco podía hacer esto. Al igual que Sakyamuni, no podía encontrar placer en la vida sabiendo que existían la vejez, el sufrimiento y la muerte. Mi imaginación era demasiado fértil. Además, no podía alegrarme por esas ocasiones fugaces que momentáneamente traían placer a mi existencia. Tercera salida: tras comprender que la vida es un mal y una absurdidad, poner fin a la vida, matarse. Lo había comprendido, pero por alguna razón todavía no me había matado. Cuarta salida: vivir como Salomón y Schopenhauer habían descrito, esto es, continuar viviendo, lavándose, vistiéndose, comiendo, hablando e incluso escribiendo y publicando libros, aun sabiendo que la vida es una broma estúpida que alguien nos ha gastado. Esa posición era, para mí, repulsiva, tormentosa, pero seguía en esa situación.

Ahora veo que si no me maté fue debido a una conciencia vaga de que mis ideas eran equivocadas. Por muy convincentes e indudables que me parecieran el desarrollo de mis pensamientos y el de los de algunos sabios que nos han llevado a admitir la absurdidad de la vida, una vaga duda persistía en mí acerca de la autenticidad del punto de partida de mi razonamiento.

Mi duda se expresaba así: yo, mi razón, había reconocido que la

vida era irracional. Si no hay nada más elevado que la razón (y no lo hay, y nada puede probar que lo haya), entonces la razón es la creadora de vida para mí. Sin razón no habría vida para mí. Pero ¿cómo puede esa razón negar la vida cuando es ella la creadora de vida? O, visto de otra manera: si no hubiera vida, mi razón tampoco existiría; luego, la razón es hija de la vida. La vida lo es todo. La razón es fruto de la vida, y sin embargo reniega de esta. Sentía que algo ahí fallaba.

«La vida es un mal absurdo; no cabe duda de eso —me decía yo—. Pero he vivido y todavía vivo; y toda la humanidad ha vivido y continúa viviendo. ¿Cómo es posible? ¿Por qué los hombres viven cuando podrían no vivir? ¿Acaso solo Schopenhauer y yo éramos lo suficientemente inteligentes para comprender la absurdidad y el mal de la vida?».

El argumento sobre la vanidad de la vida no es tan difícil, e incluso las personas más sencillas lo han comprendido desde hace mucho tiempo; y con todo han vivido y siguen viviendo. ¿Cómo es que siguen viviendo y nunca se les ocurre dudar de la racionalidad de la existencia?

Mi conocimiento, confirmado por la sabiduría de los sabios, me ha revelado que todo en el mundo, lo orgánico y lo inorgánico, está dispuesto de un modo extraordinariamente inteligente, y que solo mi posición es estúpida. Pero esos imbéciles, esa enorme masa de gente sencilla, no saben nada sobre cómo está organizado lo orgánico y lo inorgánico en el mundo, y sin embargo viven, ¡y les parece incluso que su existencia está organizada de una manera muy racional!

Y se me ocurrió que debía de haber algo que todavía no supiera. Después de todo, la ignorancia actúa precisamente de esa forma. La ignorancia siempre dice lo que yo estoy diciendo. Cuando no sabe algo, dice que lo que ella ignora es estúpido. Lo cierto es que la humanidad entera ha vivido y vive como si comprendiera el sentido de la vida, puesto que sin comprender su sentido no podría vivir, pero yo digo que toda ella es un absurdo y que no debo vivir.

Nadie nos impide negar la vida, como ha hecho Schopenhauer. Pero entonces mátate y no tendrás que volver a pensar en ello. Si no te

gusta la vida, quítatela. Si vives y no puedes entender el sentido de la existencia, ponle fin, en lugar de dar vueltas contando y escribiendo que no la comprendes. Estás en alegre compañía, todos se divierten y saben lo que hacen, pero, si te aburres y la encuentras repulsiva, vete.

De hecho, ¿qué somos nosotros, convencidos de la necesidad del suicidio y sin atrevernos a cometerlo, sino los más débiles, los más inconsecuentes y, a decir verdad, los más estúpidos, orgullosos de su estupidez como un niño de su juguete nuevo?

Porque nuestra sabiduría, por muy irrefutable que sea, no nos ha dado a conocer el sentido de la vida, mientras que los millones de personas que conforman la humanidad participan en la vida sin dudar de su sentido.

De hecho, desde tiempos remotos, cuando la vida de la que sé algo comenzó, han vivido personas que conocían los argumentos respecto a la vanidad de la vida, los argumentos que a mí me han revelado su absurdidad, y eso no les ha impedido vivir ni encontrar un sentido a la vida. En cuanto se manifestó la vida en los hombres, ellos comprendieron ese sentido, y han llevado la vida hasta mí. Todo lo que hay en mí y alrededor de mí es fruto de su conocimiento de la vida. Los mismos instrumentos de pensamiento con los que juzgo la vida y la condeno no han sido creados por mí, sino por ellos. Yo he nacido, he sido educado y he crecido gracias a ellos. Ellos fueron los que extrajeron el hierro, los que nos enseñaron a abatir los árboles, a domesticar las vacas, los caballos, los que nos enseñaron a sembrar, los que nos enseñaron a vivir juntos, los que organizaron nuestra vida. Me enseñaron a pensar y a hablar. Yo soy obra suya, nutrido, educado e instruido por ellos; pienso de acuerdo con sus ideas, con sus palabras, ¡y ahora les he demostrado que todo es un absurdo! «Hay algo que no es correcto —me decía—. En alguna parte me he equivocado». Pero no podía descubrir dónde estaba ese error.

VIII

Entonces era incapaz de formular todas estas dudas, que ahora estoy en disposición de expresar de una forma más o menos coherente. Solo comprendía que, aunque la lógica de mis conclusiones sobre la vanidad de la vida era impecable, había algo equivocado en ellas, a pesar de que las confirmaban los más grandes pensadores. ¿Era en el razonamiento mismo o en la manera de plantear la cuestión? No lo sabía; solo sentía que la fuerza de convicción de la razón era perfecta, pero no bastaba. Ninguno de esos argumentos logró persuadirme para que hiciera lo que resultaba de mis razonamientos, es decir, matarme. Estaría faltando a la verdad si afirmase que fue por medio de la razón como había conseguido llegar a este punto sin matarme. Mi razón trabajaba, pero algo más trabajaba que no puedo llamar de otro modo que «conciencia de la vida». Obraba en mí también otra fuerza que me obligaba a prestar atención a una cosa en lugar de a la otra, y fue esta la que me sacó de mi situación desesperada y guio mi razón en una dirección completamente diferente. Esa fuerza me obligó a considerar que yo y cientos de personas de mi clase no conformábamos toda la humanidad, y que yo todavía no conocía lo que era la vida para la humanidad.

Mientras miraba el restringido círculo de mis coetáneos, solo veía a personas que no habían comprendido el problema, personas que lo habían comprendido, pero lo ahogaban en la borrachera de la vida, personas que lo habían comprendido y habían puesto fin a sus vidas, o bien personas que lo habían comprendido, pero, por debilidad, continuaban llevando una existencia desesperada. Y mi mirada no iba más allá. Me parecía que ese restringido círculo de científicos, ricos y ociosos al cual yo pertenecía comprendía toda la humanidad, y que los miles de millones de hombres que habían vivido y que aún vivían fuera de ese círculo eran animales, no personas.

Por extraño e increíblemente incomprensible que ahora me parezca el hecho de que, razonando sobre la vida, pudiera no fijarme en la

vida de la humanidad que me rodeaba, que pudiera engañarme ridículamente hasta el punto de pensar que mi vida, la de los Salomón y los Schopenhauer, era la vida auténtica, la normal, mientras que la vida de miles de millones de hombres no era digna de consideración; por muy extraño que ahora me parezca, veo que así fue. En el error originado por el orgullo de mi inteligencia, me parecía indudable que Salomón, Schopenhauer y yo planteábamos la cuestión de una manera tan exacta y verdadera que no podía ser de otro modo; tan indudable me parecía que todos esos miles de millones de hombres pertenecían a la categoría de aquellos que nunca habían penetrado la profundidad de la cuestión que, buscando el sentido de mi vida, ni siquiera una vez se me ocurrió pensar: «Pero ¿qué sentido dan y han dado a sus vidas todos los miles de millones de seres que han vivido y viven en este mundo?».

Durante mucho tiempo viví en esa locura que, si no en palabras sí en hechos, es especialmente marcada entre los hombres más liberales e instruidos. No sé si fue debido a ese extraño amor instintivo que tengo por el pueblo trabajador, que me ha obligado a comprenderlo y a ver que no son tan estúpidos como nos figuramos, o bien si fue mi sincera convicción de que yo no sabía nada mejor que hacer que ahorcarme, pero me di cuenta de que, si quería vivir y comprender el sentido de la existencia, era preciso buscarlo, no entre los hombres que lo han perdido y quieren matarse, sino entre esos miles de millones de personas que han vivido y viven todavía, que crean la vida y llevan sobre sí el peso de su existencia y de la nuestra. Consideré a la enorme masa de gente sencilla, analfabeta y pobre, que ha vivido y vive todavía, y vi algo totalmente diferente. Vi que ninguno de esos miles de millones de hombres, ninguno, salvo raras excepciones, pertenecía a mi categoría. No podía considerarlos como personas que no comprendían la cuestión, puesto que la planteaban y la resolvían con extraordinaria claridad. Tampoco podía considerarlos epicúreos, puesto que sus vidas se conformaban más de privaciones y sufrimientos que de placeres. Y mucho menos podía conceptuarlos como personas que llevan una vida absurda, irracional, puesto que eran capaces de explicar cada acto de su vida, incluso la misma muerte. Y consideran el suicidio como el más grande de los males. Resultaba que toda la humanidad tenía un conocimiento del sentido de la vida que yo había pasado por alto y menospreciaba. De esto se deducía que el conocimiento

racional no solo no saca a la luz el sentido de la vida, sino que excluye la vida; mientras que el sentido que millones de personas dan a la existencia está basado en cierto conocimiento que es menospreciado y considerado falso.

El conocimiento racional, como lo presentan los científicos y los sabios, niega el sentido de la vida, mientras que la enorme masa de gente, toda la humanidad, reconoce ese sentido mediante un conocimiento irracional. Y ese conocimiento irracional es la fe, la misma que yo no había podido aceptar. Ese Dios, que es uno y trino, la creación en seis días, los demonios y los ángeles, y todo aquello que yo no podía aceptar sin volverme loco.

Mi posición era terrible. Sabía que no encontraría nada por la vía del conocimiento racional, salvo la negación de la vida, mientras que en la fe no encontraría nada salvo la negación de la razón, que era aún menos plausible que la negación de la vida. De acuerdo con el conocimiento racional, la existencia es un mal, y las personas lo saben; de ellas depende no vivir, y aun así han vivido, viven, y yo mismo vivo, aunque hace tiempo que sé que la vida no tiene sentido y es un mal. De acuerdo con la fe, para comprender el sentido de la vida debía renunciar a la razón, la misma para la cual es necesario el sentido.

IX

Afloró una contradicción para la cual solo había dos salidas: o lo que yo llamaba racional no lo era tanto como había pensado, o lo que me parecía irracional no lo era tanto como había pensado. Y comencé a revisar el desarrollo de los argumentos que derivaban de mi conocimiento racional.

Al hacerlo, encontré aquel argumento completamente correcto. Era inevitable la conclusión de que la vida es nada, pero detecté un error. Consistía en que mi razonamiento no se correspondía con la cuestión que me había planteado, y que era: «¿Por qué vivo?». O bien: «¿Habrá algo que perdurará y no será aniquilado de mi vida ilusoria y efímera?». O bien: «¿Qué sentido tiene mi vida finita en este universo infinito?». Y, para solucionar este problema, me puse a estudiar la vida.

Evidentemente, la solución a todas las cuestiones posibles de la vida no podía satisfacerme, porque mi pregunta, por muy sencilla que pareciera a primera vista, implicaba una exigencia de explicar lo finito por medio de lo infinito y lo infinito por medio de lo finito.

Me preguntaba: «¿Cuál es el sentido de mi vida más allá del tiempo, la causalidad, el espacio?». Y sin embargo respondía a la pregunta: «¿Cuál es el sentido de mi vida dentro del tiempo, la causalidad, el espacio?». Después de enfrascarme en un arduo trabajo mental, solo pude responder: «Ninguno».

En mis razonamientos estaba constantemente comparando, y no podía hacerlo de otra manera, lo finito con lo finito y lo infinito con lo infinito, motivo por el cual siempre llegaba a la única conclusión a la que podía llegar: la fuerza es fuerza, la materia es materia, la voluntad es voluntad, el infinito es infinito, la nada es nada; y no podía ir más allá de esto.

Era algo parecido a lo que pasa en las matemáticas cuando, creyendo resolver una ecuación, todo lo que obtenemos es una identidad. El método de deducción es correcto, pero el único resul-

tado que se obtiene es a = a, o x = x, o 0 = 0. Lo mismo ocurría con mi razonamiento respecto a la cuestión del sentido de mi vida. Las respuestas que todas las ciencias dan a esta cuestión son solo identidades.

Y en realidad el conocimiento estrictamente racional, como el de Descartes, comienza con la duda absoluta, rechaza todo conocimiento fundado en la fe y reconstruye todo de nuevo de acuerdo con las leyes de la razón y la experiencia, y no puede dar otra respuesta a la cuestión de la vida que la que yo había obtenido: una respuesta indefinida. Solo al principio me pareció que el conocimiento daba una solución positiva, la de Schopenhauer: la vida no tiene sentido, la vida es un mal. Pero, después de haber examinado el asunto, comprendí que no era una solución positiva y que solo mis sentidos la habían considerado así. La respuesta rigurosamente expresada, tal como la formularon los brahmanes, Salomón y Schopenhauer, es solo una solución vaga o una identidad del tipo 0 = 0, la vida que se me presenta a mí como nada es nada. Así que el conocimiento filosófico no niega nada, solo responde que no puede resolver esa cuestión y que, desde su punto de vista, cualquier solución seguirá siendo indefinida.

Habiendo comprendido esto, me di cuenta de que no podía buscar una respuesta a mi cuestión en el conocimiento racional y de que la solución dada por el conocimiento racional no era más que una indicación de que la respuesta solo puede obtenerse formulando el problema de otra manera, es decir, solo cuando se introduzca la relación entre lo finito y lo infinito en el razonamiento. También me di cuenta de que las respuestas dadas por la fe, por muy irracionales y distorsionadas que fueran, tenían la ventaja de introducir la relación entre lo finito y lo infinito, sin la cual no puede haber solución. Sea cual sea la manera en que planteo la pregunta de cómo debo vivir, la respuesta es: «Conforme a la ley de Dios». «¿Cuál será el resultado auténtico de mi vida?». «El tormento eterno o la felicidad eterna». «¿Cuál es el sentido que no destruye la muerte?». «La unión con el Dios infinito, el paraíso».

Así, fui conducido de un modo inevitable a reconocer que toda la humanidad posee, además del conocimiento racional, que antes me parecía el único conocimiento posible, otro conocimiento, de tipo

irracional: la fe, que nos da la posibilidad de vivir. La fe seguía siendo para mí tan irracional como antes, pero no podía dejar de reconocer que solo ella proporciona a la humanidad respuestas a la cuestión de la vida y, por consiguiente, nos da la posibilidad de vivir.

El conocimiento racional me llevó a la conclusión de que la vida era absurda; la mía se detuvo y quise quitármela. Considerando a las personas que me rodeaban, a toda la humanidad, vi que vivían y afirmaban que conocían el sentido de la vida. Luego recapacité: puesto que yo vivía, conocía el sentido de la vida. Como a los demás, también a mí la fe me ofrecía el sentido de la vida y la posibilidad de vivir.

Tras examinar a las personas de otros países, a mis contemporáneos y a los que habían vivido antes, observé una misma cosa: donde hay vida, hay fe; desde el origen de la humanidad la fe nos ha dado la posibilidad de vivir, y los rasgos principales de la fe están en todas partes y son siempre los mismos.

Sean cuales sean las respuestas que una fe u otra ofrecen al hombre, todas coinciden en dar un sentido infinito a la existencia finita del hombre, un sentido que ni los sufrimientos, ni las privaciones, ni la muerte pueden destruir. Por tanto, solo en la fe podemos hallar el sentido de la vida y la posibilidad de vivir. Y comprendí que el significado más esencial de la fe no era solo «la manifestación de las cosas invisibles», etcétera, no era la revelación (esta no era más que la descripción de uno de los signos de la fe), no era solo la relación del hombre con Dios (es preciso determinar primero la fe y luego a Dios, y no a la inversa), no era solo la conformidad con lo que a uno se le ha dicho, aunque eso es lo que se suele entender por fe. La fe es el conocimiento del sentido de la vida humana, gracias al cual el hombre no se aniquila, sino que vive. La fe es la fuerza de la vida. Si un hombre vive, es porque cree en algo. Si no creyera que debe vivir por algo, no viviría. Si no ve ni comprende el carácter ilusorio de lo finito, cree en lo finito. Si comprende el carácter ilusorio de lo finito, es preciso que crea en lo infinito. Sin fe es imposible vivir.

Recordé el desarrollo de mi trabajo interno y me horroricé. Ahora estaba claro para mí que para que un hombre pudiera vivir debía, o bien no ver lo infinito, o bien tener una explicación del sentido de

la vida que le permitiera identificar lo finito con lo infinito. Yo conocía esa explicación, pero no la necesitaba porque creía en lo finito, y la vi como contrapuesta a mi razón. Y a la luz de la razón mi explicación anterior se disipó como el humo. Llegó el momento en que dejé de creer en lo finito. Y me puse a edificar sobre los cimientos de la razón, con todo lo que sabía, una explicación que me diera el sentido de la vida, pero no pude construir nada firme. Junto a las mentes más brillantes que la humanidad había producido llegué a la conclusión de que $0 = 0$, y me sorprendí enormemente de obtener esa solución y de descubrir que no podía haber ninguna otra.

¿Qué hacía cuando buscaba una respuesta en las ciencias empíricas? Quería saber por qué vivía y para ello estudiaba todo lo que estaba fuera de mi vida. Está claro que podía aprender muchas cosas, pero no lo que necesitaba.

¿Qué hacía cuando buscaba una respuesta en el campo de la filosofía? Estudiaba las ideas de aquellos que se encontraban en la misma situación que yo y que no habían hallado respuesta a la pregunta: «¿Por qué vivo?». Está claro que no podía aprender nada a excepción de lo que ya sabía: que es imposible saber algo.

«¿Qué soy yo? Una parte del infinito». Es precisamente en esas pocas palabras donde reside todo el problema. ¿Es posible que el hombre no se haya planteado esta cuestión hasta este momento? ¿Es posible que nadie antes que yo se haya hecho esta pregunta, una pregunta tan sencilla que brota de los labios de cualquier niño inteligente?

No, esta cuestión se ha formulado desde que el hombre existe; desde el principio, el hombre ha entendido que resolver la cuestión igualando lo finito a lo finito es tan insatisfactorio como igualar lo infinito a lo infinito; desde el principio el hombre ha buscado articular la relación entre lo finito y lo infinito.

Sometemos al análisis lógico todos los conceptos que identifican lo finito con lo infinito y a través de los cuales obtenemos el sentido de la vida y los conceptos de Dios, de la libertad y del bien. Pero estos conceptos no resisten a la crítica de la razón.

Si no fuera tan espantoso, sería divertido ver el orgullo y la complacencia con que nosotros, cual niños, desmontamos el reloj, sacamos la espiral y hacemos de ella un juguete, y luego nos sorprendemos de que el reloj deje de funcionar.

Es necesario y valioso contar con una solución para la contradicción entre lo finito y lo infinito, una respuesta a la cuestión de la vida que haga posible vivir. Y la única solución que hallamos siempre, en todas partes y en todos los pueblos, es la que nos ha sido transmitida desde un pasado en que la vida humana se pierde para nosotros. Es una solución tan difícil que somos incapaces de hacer nada parecido; sin embargo, la destruimos a la ligera, para plantear una vez más la cuestión que es inherente a todos nosotros y para la cual no tenemos respuesta.

Los conceptos de un Dios infinito, de la naturaleza divina del alma, de la relación entre Dios y los asuntos de los hombres, del bien y del mal son, todos ellos, conceptos cuya esencia se ha elaborado en el infinito oculto del pensamiento humano. Son conceptos sin los cuales no habría vida, y yo mismo no existiría y, sin embargo, rechazando todo ese trabajo de la humanidad, yo quería hacerlo todo de nuevo, a mi manera.

Yo no pensaba así entonces, pero los gérmenes de estas ideas ya estaban en mí. Comprendía: 1) que mi situación, la de Schopenhauer y Salomón, era estúpida a pesar de nuestra sabiduría: considerábamos que la vida es un mal y a pesar de eso vivíamos. Eso era claramente estúpido porque, si la vida es absurda y amo tanto la razón, es preciso que destruya la vida, y eso nadie lo negará; 2) que todos nuestros razonamientos giraban en un círculo vicioso, como una rueda que no se engancha a un carruaje. Por mucho y muy bien que deliberásemos, no obtendríamos una respuesta; siempre resultaría que $0 = 0$, y nuestro método, por tanto, era probablemente equivocado, y 3) que en las respuestas dadas por la fe yacía una profunda sabiduría humana y que yo no tenía derecho a negarlas fundándome en la razón y, sobre todo, que solo esas respuestas contestaban a la cuestión de la vida.

X

Lo comprendía, pero eso no hacía las cosas más fáciles para mí.

Ahora estaba dispuesto a aceptar cualquier fe, a condición de que no exigiese de mí la negación directa de la razón, puesto que esa negación habría sido una mentira. Estudié los textos del budismo y del mahometismo, y sobre todo los del cristianismo y las vidas de los cristianos que me rodeaban.

Naturalmente, primero me dirigí a los creyentes de mi propia clase, a personas instruidas, a teólogos ortodoxos, a monjes ancianos, a teólogos de los nuevos tipos de ortodoxia y a los así llamados «nuevos cristianos» que profesan la salvación por la creencia en la redención. Y me aferré a esos creyentes y les pregunté sobre su manera de creer y de ver el sentido de la vida.

A pesar de las concesiones de todo tipo que hacía, de todas las discusiones que evitaba, no podía aceptar la fe de esa gente. Veía que lo que hacían pasar por fe no era la explicación, sino el oscurecimiento del sentido de la vida, y que ellos mismos no profesaban esa fe para responder a esa cuestión de la vida que me había conducido a la fe, sino por otros fines que me eran extraños.

Recuerdo el doloroso sentimiento de miedo ante la posibilidad de volver a caer en la anterior desesperanza, después de la esperanza que había experimentado tantas veces en mi relación con esa gente. Cuanto más detalladamente me exponían su fe, con más claridad veía su error, y más veía perdidas todas las esperanzas de encontrar en su fe un sentido a la vida.

Y no era porque en la exposición de su fe mezclaran muchos elementos superfluos e irracionales con las verdades cristianas, que siempre me habían sido tan cercanas. No, no era eso lo que me alejaba; más bien era que las vidas de esas personas eran parecidas a las mías, con una única diferencia: ellos no vivían de acuerdo con los principios que formulaban al exponer su fe. Comprendía claramente que se estaban engañando a sí mismos y que, como yo,

no tenían otro sentido de la vida más que vivir mientras vivieran y tomar todo cuanto pudieran con las manos. Lo veía claro, porque si hubieran atesorado un sentido de la vida que destruyera el miedo a las privaciones, a los sufrimientos y a la muerte, no temerían tanto esas cosas. Pero esos creyentes de nuestra clase vivían, como yo, en la opulencia; se esforzaban por aumentarla y conservarla y tenían miedo de las privaciones, de los sufrimientos y de la muerte. Como yo y el resto de los no creyentes, vivían únicamente satisfaciendo sus deseos, en una palabra, vivían tan mal, si no peor, que los que no creían.

Ningún razonamiento podía convencerme de la verdad de su fe. Si con sus actos me hubieran demostrado que tenían una comprensión de la vida que no les hacía temer, como a mí, la pobreza, la enfermedad y la muerte, habrían podido convencerme. Pero no vi actos de ese tipo entre la variedad de creyentes de nuestra clase. Por el contrario, veía esos actos entre los hombres de nuestra clase que no eran creyentes, pero nunca entre los que se llamaban creyentes.

Comprendí que la fe de esas personas no era la fe que yo buscaba, que su fe no era fe, sino solo uno de los consuelos epicúreos de la vida. Comprendí que esa fe tal vez fuera buena, si no como consuelo, sí para disipar el arrepentimiento de un Salomón en su lecho de muerte, pero era inconveniente para la inmensa mayoría de la humanidad, aquellos que no buscan divertirse a expensas del trabajo de los otros, sino crear vida. Para que la humanidad pudiera vivir y la vida se perpetuara confiriéndole un sentido, esos miles de millones de personas debían tener un concepto de la fe diferente, genuino. El hecho de que ni yo, ni Salomón, ni Schopenhauer nos quitáramos la vida no fue lo que me convenció de la existencia de la fe, más bien fue el hecho de que esos miles de millones habían vivido y continuaban viviendo, llevando a aquellos como Salomón y como yo en las olas de sus vidas.

Comencé a acercarme a los creyentes del pueblo, hombres sencillos y analfabetos, peregrinos, monjes, cismáticos y campesinos. La fe que profesaban esas personas del pueblo era el mismo cristianismo que el de los seudocreyentes de nuestra clase. Había muchas supersticiones mezcladas con las verdades cristianas, pero con la

diferencia de que, mientras que las supersticiones eran totalmente innecesarias para los creyentes de nuestra clase, no tenían nada que ver con sus vidas y solo les proporcionaban una especie de distracción epicúrea, las supersticiones de los creyentes que pertenecían al pueblo trabajador estaban tan estrechamente ligadas a sus vidas que no podían imaginarse estas sin aquellas: eran una condición imprescindible en sus vidas. La vida de los creyentes de nuestra clase social estaba en contradicción con su fe, mientras que la vida de los creyentes del pueblo trabajador era una confirmación del sentido de la vida dado por el conocimiento de la fe. Y me puse a examinar con atención la vida y la fe de esas personas y, cuanto más las examinaba, más me convencía de que la suya era una fe auténtica, que les era necesaria y que solo ella les daba el sentido y la posibilidad de la vida. Contrariamente a lo que veía entre la gente de nuestra clase, estamento en el que es posible vivir sin fe y en el que de cada mil apenas uno se declaraba creyente, entre esa gente apenas uno de cada mil se declaraba no creyente. Contrariamente a lo que veía en nuestro círculo, en el que toda la vida transcurría en la ociosidad, en la diversión y en la insatisfacción, veía que esas personas que trabajaban duro a lo largo de toda su existencia estaban menos insatisfechas con la vida que los ricos. Contrariamente a los hombres de nuestra clase, que se oponían al destino y se indignaban por sus privaciones y sufrimientos, esa gente aceptaba las enfermedades y las desgracias sin cuestionarlas ni protestar, con la convicción serena y firme de que todo eso debía ser así y que no podía ser de otra manera, y que todo era para bien. Contrariamente a nosotros, que cuanto más inteligentes somos menos comprendemos el sentido de la vida y más vemos en la muerte y en el sufrimiento una especie de burla malvada, esa gente vive, sufre y se aproxima a la muerte con tranquilidad y casi siempre con júbilo. Si bien una muerte serena, sin terror ni desesperación es una rarísima excepción entre las personas de nuestra clase, una muerte tormentosa, intranquila e infeliz es una excepción rarísima en el pueblo. Y la mayor parte de ese pueblo, aun cuando está privada de todo aquello que para mí y para Salomón constituye el único bien de la vida, goza de la felicidad más profunda. Miré a mi alrededor, en un radio más extenso. Examiné las vidas de multitudes de hombres que habían vivido en el pasado y que todavía vivían. Y vi que los que habían comprendido el sentido de la vida, que sabían vivir y morir, no eran

dos, ni tres, ni diez, sino cientos, miles, millones. Y todos, infinitamente diversos por su carácter, su inteligencia, su educación, su condición, todos conocían el sentido de la vida y de la muerte de la misma manera, en completa oposición a mi ignorancia. Trabajaban tranquilos, soportaban privaciones y sufrimientos, vivían y morían, y en todo eso veían, no la vanidad, sino el bien.

Acabé amando a esa gente. Cuanto más profundizaba en sus vidas, lo mismo la de los vivos que la de los muertos, bien las conociese por mis lecturas o por lo que oía decir, más los amaba y más fácil se me hacía vivir. Así viví dos años, poco más o menos, y una profunda transformación se produjo en mí, una transformación para la que me había ido preparando mucho tiempo atrás y para la cual siempre había estado predispuesto. La vida de nuestra clase, la de los ricos y los sabios, no solo se volvió desagradable para mí, sino que perdió todo sentido. Todos nuestros actos y pensamientos, nuestra ciencia, nuestro arte, se me revelaron como una mera complacencia. Comprendí que allí no era posible encontrar un sentido. Los actos del pueblo trabajador, de aquellos que crean la vida, se me presentaron como el único camino posible. Comprendí que el sentido que proporcionaba esa vida era la verdad, y la acepté.

XI

Recordé cómo esas creencias me habían repugnado y parecido desprovistas de sentido cuando eran profesadas por gente que vivía en contradicción con ellas, y recordé cómo esas mismas creencias me atrajeron y me parecieron sensatas cuando vi a la gente que vivía de acuerdo con ellas; comprendí por qué las había rechazado y por qué las había encontrado absurdas, mientras que ahora me parecían llenas de sentido. Comprendí que me había extraviado y cómo me había extraviado. Me había perdido no tanto por pensar erróneamente como por vivir mal. Comprendí que la verdad se me había ocultado, no tanto por el error de mis pensamientos como por el de mi propia vida, que había pasado satisfaciendo mis deseos y en las condiciones exclusivas del epicureísmo. Comprendí que, cuando preguntaba qué era mi vida y la respuesta era «un mal», esta era completamente correcta. El error consistía en que había atribuido a la vida en general una respuesta dirigida solo a mí. Me preguntaba qué era mi vida, y recibía por respuesta que era un mal y una absurdidad. Y, ciertamente, mi existencia, consagrada a la complacencia de mis deseos, era absurda y mala, y la afirmación de que la vida es mala y absurda solo se refería a la mía propia y no a la vida en general. Comprendí entonces la verdad que más tarde hallé en el Evangelio: los hombres prefieren las tinieblas a la luz porque sus acciones son malas. El que comete malas acciones detesta la luz y no va por la luz para que sus obras no sean vistas. Comprendí que para entender el sentido de la vida era preciso, ante todo, que esta no fuese absurda ni mala, y luego uno podía utilizar la razón para entenderla. Comprendí por qué había dado vueltas tanto tiempo alrededor de una verdad tan evidente sin verla y que, para pensar y hablar acerca de la vida de la humanidad, debía pensar y hablar acerca de esta y no acerca de la de algunos parásitos. Esa verdad ha sido siempre verdad, como 2 x 2 = 4, pero yo no la había reconocido porque, reconociendo que 2 x 2 = 4, debería reconocer que yo no era un buen hombre. Y para mí era más importante y necesario sentir que yo era un buen hombre que admitir que 2 x 2 = 4. Pero comencé a amar a la gente buena y a detestarme a mí mismo, y reconocí la verdad. Ahora todo estaba

claro para mí.

Imaginemos a un verdugo que se ha pasado la vida torturando y cortando cabezas, o a un borracho empedernido, o a un loco que lleva toda su vida encerrado en una habitación oscura que detesta pero que supone que moriría si sale de ella; imaginemos lo que responderían si se les preguntara: «¿Qué es la vida?». Evidentemente, la única respuesta que podrían dar es que la vida es el mayor de los males; y la respuesta del loco sería completamente correcta, pero solo para él. ¿Acaso no era yo como ese loco? Y todos nosotros, hombres ricos y sabios, ¿no éramos también unos locos?

Y comprendí que, en efecto, estábamos locos. Yo, con total seguridad, era como ese loco. La naturaleza del pájaro hace que pueda volar, buscar comida, construirse un nido, y cuando lo veo ocupado en estos quehaceres me alegro. El alimentarse, el reproducirse, el procurar comida a su familia está en la naturaleza de la cabra, de la liebre, del lobo, y, cuando lo hacen, estoy seguro de que son felices y de que su vida es razonable. ¿Qué debe hacer el hombre? Lo mismo que los animales, debe preocuparse de las necesidades materiales de la vida, pero con la única diferencia de que él morirá si lo hace solo: debe hacerlo no solo para sí mismo, sino para todos. Y cuando lo hace, creo firmemente que es feliz y que su vida es razonable. ¿Qué había hecho durante los treinta años de mi existencia consciente? Lejos de trabajar para procurar los medios de vida para todos, ni siquiera lo había hecho para mí mismo. Vivía como un parásito y, cuando me preguntaba para qué vivía, obtenía como respuesta: «Para nada». Si el sentido de la existencia humana reside en trabajar para ganarse la vida, ¿cómo era posible que yo, que había pasado treinta años, no ganándomela, sino destruyéndola, la mía y la de otros, recibiese otra respuesta que no fuera que mi existencia es una absurdidad y un mal? De hecho, era una absurdidad y un mal.

La vida del mundo se desarrolla conforme a la voluntad de alguien; la vida del mundo y nuestras propias existencias están confiadas al cuidado de alguien. Para tener alguna esperanza de comprender el sentido de esa voluntad, es preciso ante todo ejecutarla; debemos hacer lo que requiere de nosotros. Y si no hago lo que de mí se espera, jamás comprenderé lo que se me pide, y menos aún lo que

se quiere obtener de todos nosotros y de todo el mundo.

Si un mendigo desnudo y hambriento es recogido en una encrucijada y conducido a un maravilloso recinto donde, después de alimentarle y darle de beber, se le obliga a mover de arriba abajo una palanca, es evidente que, antes de averiguar por qué le han llevado allí para mover la palanca y si el recinto está razonablemente organizado, el mendigo debe mover primero aquella palanca. Cuando lo haga, comprenderá que con ese movimiento se pondrá en funcionamiento una bomba, que la bomba hará salir el agua y que el agua se extenderá por el jardín. Entonces será apartado de esa tarea para ocuparse de otra, y recolectará frutos y participará de la alegría de su señor. Pasando así de un trabajo poco elevado a otro más alto, comprenderá cada vez mejor la organización del establecimiento, y, al formar parte de ella, no se le ocurrirá preguntar por qué está allí y menos aún hacer un reproche a su patrón.

Así es como los que cumplen la voluntad de su patrón no le acusan de nada, y esos son los hombres sencillos, trabajadores, ignorantes, esos a los que nosotros consideramos animales. En cambio, nosotros, los sabios, comemos todo lo que pertenece al señor sin hacer lo que se espera de nosotros; en lugar de trabajar, nos sentamos en corro y deliberamos: «¿Para qué accionar la palanca?». «Es estúpido». Y es ahí donde hemos llegado con nuestros razonamientos. Hemos decidido que el señor es estúpido, o que no existe, y que solo nosotros somos inteligentes. Pero sentimos que no valemos para nada y que, de uno u otro modo, es preciso que nos libremos de nosotros mismos.

XII

Tomar conciencia de los errores del conocimiento racional me ayudó a liberarme de la tentación de las especulaciones ociosas. El convencimiento de que el conocimiento de la verdad solo se podía encontrar en la vida me llevó a dudar de si mi modo de vivir era el correcto. Lo único que me salvó fue zafarme de esa situación exclusiva en la que me hallaba, ver la existencia auténtica del sencillo pueblo trabajador y comprender que solo aquella era la verdadera vida. Me di cuenta de que si quería comprender la existencia y su sentido tenía que vivir la vida genuina y no la de un parásito; y habiendo aceptado el sentido que atribuía a la vida la verdadera humanidad que formaba parte de esa existencia genuina, tenía que comprobarlo.

En ese momento me ocurrió lo siguiente: en el transcurso de todo aquel año, cuando casi a cada minuto me preguntaba cómo poner fin a mi vida, si con una soga o con una bala, cuando estaba ocupado con los pensamientos y las observaciones que he descrito, un sentimiento tormentoso me atenazaba el corazón. A ese sentimiento no lo puedo llamar de otra manera que búsqueda de Dios.

Digo que esa búsqueda de Dios no era un razonamiento, sino un sentimiento, porque esa búsqueda no procedía del curso de mis pensamientos —de hecho, se oponía a ellos—, sino que procedía del corazón. Era una sensación de miedo, de abandono, de soledad en medio de todo lo que era extraño para mí y, a la vez, una sensación de esperanza en encontrar la ayuda de alguien.

Pese a estar plenamente convencido de la imposibilidad de probar la existencia de Dios (Kant me lo había demostrado y yo había comprendido cabalmente que no podía existir tal prueba), yo seguía buscando a Dios con la esperanza de encontrarle y, según una vieja costumbre, dirigía mis plegarias a Aquel a quien buscaba y no encontraba. Ahora comprobaba mentalmente las conclusiones de Kant y Schopenhauer sobre la imposibilidad de probar la existencia

de Dios, ahora refutaba sus argumentos. La causalidad, me decía yo, no es una categoría de pensamiento como el espacio y el tiempo. Si existo, también existe la causa de que yo exista, así como la causa de las causas. Y la causa de todo lo que existe es lo que llamamos Dios. Me detuve en este pensamiento y me esforcé, con todo mi ser, en reconocer la presencia de esa causa. Y tan pronto comprendí que había una fuerza bajo cuyo poder yo me encontraba, sentí que había una posibilidad de vivir. Pero continuaba preguntándome: «¿Qué es esa causa, esa fuerza? ¿Cómo voy a pensar en ello? ¿Qué actitud debo adoptar respecto a Aquel al que llamo Dios?». Y solo me venía a la cabeza la respuesta que me era familiar: «Él es el Creador, dador de todas las cosas». Esa respuesta no me satisfacía, y sentía que todavía faltaba algo que era necesario para vivir. Horrorizado, comencé a rezar a Aquel a quien yo buscaba, implorando su auxilio. Y cuanto más rezaba, más evidente era para mí que Él no me escuchaba y que no había nadie a quien pudiera dirigirme. Con el corazón lleno de desesperanza por el temor de que no hubiera nadie, de que no hubiera Dios, decía: «¡Señor, perdóname, sálvame! Señor, muéstrame el camino, Dios mío». Pero nadie se apiadaba de mí y sentía que mi vida se detenía.

Pero una y otra vez, desde diferentes aproximaciones, llegaba a la conclusión de que yo no podía estar en el mundo sin una razón, sin un sentido o sin una causa; que no podía ser el pajarito caído del nido que sentía ser. Admitamos que yo, pajarito caído del nido, estoy echado boca arriba y pío entre la maleza, pero si pío es porque sé que mi madre me llevó en su seno, me empolló, me mantuvo caliente, me alimentó, me amó. ¿Dónde está esa madre? Y si me han abandonado, ¿quién me ha abandonado? No puedo ocultarme a mí mismo que, amándome, me trajo al mundo. ¿Quién es ese alguien? De nuevo, Dios.

«Él conoce y ve mi búsqueda, mi desesperación, mi lucha. Existe», me decía yo. Y bastaba con que lo admitiera un instante para que se alzara en mí la vida y yo sintiera la posibilidad y el goce de la existencia. Pero, de nuevo, de la admisión de la existencia de Dios pasaba a la pregunta por mi relación con Él, y de nuevo se me presentaba ese Dios, nuestro creador, el que nos envió a su Hijo, el Redentor, en tres personas y, de nuevo, ese Dios, separado de mí y del mundo, se derretía como un bloque de hielo, se derretía ante

mis ojos, y una vez más no quedaba nada, y de nuevo la fuente de la vida se secaba; caía en la desesperación y comprendía que no podía hacer otra cosa que matarme. Y lo peor era que sentía que no era capaz de llevarlo a cabo.

No dos ni tres, sino decenas, cientos de veces mi ánimo cambiaba de repente de la felicidad y la animación a la desesperación y a una consciencia de la imposibilidad de vivir.

Recuerdo una vez, al inicio de la primavera, que estaba solo en el bosque y aguzaba el oído a sus sonidos. Escuchaba, y mi pensamiento estaba absorto en lo que no había dejado de preocuparme durante los tres últimos años. De nuevo estaba buscando a Dios.

«Muy bien —me decía—. No existe Dios, no existe otro Dios salvo el que imagino y la única realidad es mi vida. No hay Dios. Y no hay nada, ningún milagro que pueda probar su existencia, puesto que un milagro solo sería producto de mi imaginación irracional».

«Pero ¿y mi noción de Dios, de ese Dios que estoy buscando? —me preguntaba—. ¿De dónde ha salido esa noción?». Y de nuevo, ante ese pensamiento, sentí las olas gozosas de la vida alzarse en mí. Todo revivió a mi alrededor, cobró sentido. Pero mi felicidad no duró mucho. Mi mente proseguía su trabajo. «El concepto de Dios no es Dios —me decía—. El concepto de Dios es algo que está en mí, que puedo evocar o no. Eso no es lo que estoy buscando. Yo busco aquello sin lo cual no puede haber vida». Y otra vez todo alrededor de mí y en mí comenzó a morir, y de nuevo sentí el deseo de matarme.

Pero entonces me miré a mí mismo y hacia lo que acontecía en mi interior, y recordé las agonías y renacimientos vividos cientos de veces. Recordé que solo vivía en los momentos en que creía en Dios. Ahora, exactamente igual que antes, me decía: para que yo viva me basta con saber que Él existe; me bastaría olvidarlo, dejar de creer en Él para morir. ¿Qué son esos renacimientos y esas agonías? Está claro que no vivo cuando pierdo la fe en Su existencia; y que me habría matado hace mucho tiempo si no tuviera la vaga esperanza de encontrarle. Solo vivo verdaderamente cuando le siento y le busco. «Entonces, ¿qué sigo buscando todavía?», gritaba una voz

dentro de mí. «A Él, a Aquel sin el cual es imposible vivir. Conocer a Dios y vivir son la misma cosa: Él es la vida. Vive buscando a Dios y ya no habrá vida sin Él». Y con más fuerza dentro y fuera de mí todo se iluminó, y esa luz no me ha abandonado desde entonces.

Y de ese modo me salvé del suicidio. Sería incapaz de decir cuándo y cómo se produjo esa transformación en mí. De la misma manera gradual e imperceptible que la fuerza de la vida se había ido destruyendo en mí, conduciéndome a la imposibilidad de vivir, a la necesidad del suicidio, recuperé la fuerza de la vida. Y lo extraño es que la fuerza de la vida que volvía a mí no era nueva, sino la más antigua; era la misma fuerza que me había guiado al principio de mi existencia. En esencia volví a las cosas que habían formado parte de mi infancia y de mi juventud. Volví a la fe en aquella voluntad que me había engendrado y que quería algo de mí; volví a la idea de que el principal y único objetivo de mi vida era ser mejor, es decir, vivir conforme a esa voluntad. Volví a la convicción de que podía encontrar la expresión de esa voluntad en lo que la humanidad había elaborado hacía mucho tiempo para su propia guía. En otras palabras, volví a la fe en Dios, en el perfeccionamiento moral, y a aquella tradición que le había dado un sentido a la existencia. La única diferencia era que antes había aceptado todo eso inconscientemente, mientras que ahora sabía que no podía vivir sin ello.

Me pasó algo así: sin saber cómo había ido a parar allí, me encontré en una barca, me empujaron desde una orilla desconocida, me indicaron la dirección hacia la otra; después depositaron unos remos en mis manos inexpertas y me dejaron solo. Manejé los remos como pude y navegué; pero cuanto más me acercaba al centro, más rápida se volvía la corriente que me alejaba de mi meta, y cada vez con más frecuencia me encontraba a otros navegantes que, como yo, se veían arrastrados. Había navegantes solitarios que continuaban remando; otros habían tirado los remos; había barcas grandes y naves enormes atestadas de gente; unos luchaban, otros se abandonaban a aquel caudal. Y cuanto más avanzaba, a fuerza de mirar hacia todos aquellos que eran arrastrados corriente abajo, más olvidaba la dirección indicada. En mitad del agua, apretujado entre las barcas y las naves arrastradas por la corriente, perdí por completo el rumbo y tiré los remos. Todas las personas a mi

alrededor, que, con júbilo y alborozo, eran llevadas río abajo con sus barcas y naves, me aseguraban y aseguraban entre sí que no podía haber otra dirección. Y yo las creí y navegué con ellas. Y fui llevado lejos, tan lejos que oí el ruido de los rápidos en los que ineludiblemente iba a perecer, y vi las barcas que ya se habían hecho añicos en ellos. Y volví en mí. Durante largo rato no pude comprender lo que me había pasado. Ante mí no veía más que la perdición, hacia la que era arrastrado y a la que temía, en ninguna parte veía salvación, y no sabía qué hacer. Pero, volviendo la vista atrás, vi infinidad de barcas que luchaban sin cesar, y recordé la orilla, los remos y la dirección, y me puse a remar con todas mis fuerzas hacia atrás, a contracorriente, hacia la orilla.

La orilla era Dios, la dirección era la tradición, los remos eran la libertad dada para remar hacia la orilla y unirme con Dios. Así, la fuerza de la vida se restauró en mí, y de nuevo empecé a vivir.

XIII

Renuncié a la vida de nuestra clase después de reconocer que aquello no era tal vida, sino solo una apariencia, y que las condiciones de lujo en las que habitábamos nos privaban de la posibilidad de comprender la vida, y que para entenderla debía comprender no la existencia de una minoría, de nosotros, parásitos, sino la del sencillo pueblo trabajador, que la crea y le da sentido. El sencillo pueblo trabajador que me rodeaba era el pueblo ruso, y me volví hacia él y hacia el sentido que le daba a la vida. Ese sentido, si acaso es posible expresarlo, es el siguiente: todo ser humano ha venido al mundo por voluntad de Dios. Y Dios ha creado al hombre de tal manera que todo hombre puede perder su alma o salvarla. La misión del hombre en la vida es salvar su alma. Para salvar su alma es preciso que viva según la voluntad de Dios, y para vivir según la voluntad de Dios es necesario renunciar a todos los placeres sensuales de la vida, trabajar, sufrir, ser humilde y misericordioso. Ese es el sentido que el pueblo ha sacado de la fe que le ha sido transmitida y comunicada por los pastores y por una tradición que vive a través del pueblo, expresada en leyendas, proverbios y cuentos. Ese sentido era claro para mí y cercano a mi corazón. Pero junto a ese sentido de la fe popular había muchas cosas que me repelían y que me parecían inexplicables, cosas indisolublemente ligadas a esa parte de nuestro pueblo no cismático, en medio del cual yo vivía: los sacramentos, los oficios religiosos, los ayunos, el culto a las reliquias y los iconos. El pueblo no podía separar una cosa de la otra, y yo tampoco. A pesar de que mucho de lo que venía de la fe popular me parecía extraño, lo aceptaba todo, asistía a los oficios, rezaba por las mañanas y por las noches, ayunaba y me preparaba para la comunión; y por primera vez mi razón no se oponía a nada de eso. Lo que antes me parecía imposible ahora no suscitaba resistencia en mí.

Mi actitud respecto a la fe era ahora completamente diferente. Antes, la vida me parecía llena de sentido y consideraba la fe como la afirmación arbitraria de ciertos postulados del todo inútiles para mí, desprovistos de sentido, sin relación con la existencia. Entonces

me pregunté qué sentido tenían esos postulados y, con vencido de que no tenían ninguno, los rechacé. Ahora, en cambio, sabía perfectamente que mi vida no tenía ni podía tener ningún sentido, y los postulados de la fe no solo no me parecían inútiles, sino que la experiencia me había llevado a la convicción de que únicamente estos postulados daban sentido a la vida. Antes los consideraba un galimatías inútil, pero ahora, aunque no los entendiera, sabía que tenían un sentido, y me decía que debía aprender a comprenderlo.

Mi razonamiento se desarrollaba de la siguiente manera. El conocimiento de la fe procede de una fuente misteriosa, como toda la humanidad y su poder de razonar. Esa fuente es Dios, principio del cuerpo y del espíritu del hombre. De la misma manera que mi cuerpo me llegó de Dios a través de las generaciones, así me llegó mi razón y mi comprensión de la vida, y por eso los grados de evolución de esa comprensión de la vida no pueden ser falsos. Todo aquello en lo que cree sinceramente la gente debe ser verdad; se puede expresar de diferentes formas, pero no puede ser mentira. Por tanto, si me parece mentira, eso indica que no he acertado a comprenderlo. Además, me decía que la esencia de cualquier fe consiste en dar a la vida un sentido que no es destruido por la muerte. Naturalmente, la fe debe responder a las preguntas de un zar que muere rodeado de lujo, de un viejo esclavo exhausto por el trabajo, de un niño que no piensa, de un viejo sabio, de una vieja chiflada, de una mujer joven y feliz, de un hombre joven consumido por las pasiones; debe responder a las preguntas de personas cuyas condiciones de vida y cuya educación son totalmente diferentes; y si hay una respuesta que responda a la eterna pregunta de la vida «¿Por qué vivo y qué resultará de mi vida?», esa respuesta, aunque en esencia la misma, se manifestará en una infinita variedad de formas. Y cuanto más única, verdadera y profunda sea esa respuesta, más extraños y monstruosos serán, naturalmente, los intentos de expresarla, dependiendo de la educación y de la posición de cada individuo. Pero, incluso aunque yo pensara que esos razonamientos justificaban las peculiaridades del ritual religioso, ello no bastaba para que yo realizara actos que me parecían dudosos, especialmente en lo que a la fe se refería, puesto que esta se había convertido en la única preocupación de mi vida. Con todas las fuerzas de mi alma deseaba estar en posición de fundirme con el pueblo, cumpliendo con los ritos de su fe; sin

embargo, no podía hacerlo. Sentía que si lo hacía me estaría mintiendo a mí mismo, burlándome de lo que era sagrado para mí. Pero nuestras nuevas obras teológicas rusas vinieron en mi ayuda.

Según las explicaciones de estos teólogos, el dogma fundamental de la fe es la infalibilidad de la Iglesia. Del reconocimiento de ese dogma se deriva, como conclusión necesaria, que todo cuanto admite la Iglesia es verdad. La Iglesia, como asamblea de creyentes unidos por el amor y poseedora, por tanto, del verdadero conocimiento, se convirtió en la base de mi fe. Me dije que la verdad divina no podía ser accesible a un solo hombre; que solo se revela a una comunidad de hombres unidos por el amor. Para comprender la verdad, era preciso no separarse; para no separarse, hacía falta amar y reconciliarse con aquellos con los que no estamos de acuerdo. La verdad es una revelación del amor, y, por eso, si uno no se somete a los rituales de la Iglesia, destruye el amor; y si uno destruye el amor, se priva de la posibilidad de conocer la verdad. Entonces no reconocía el sofisma que contenía ese razonamiento. No veía que la unión en el amor puede dar un amor supremo, pero no pude revelar la verdad divina como se expresa en las palabras definitivas del credo de Nicea. No acerté a ver que el amor no podía producir una determinada expresión de la verdad, obligatoria para que haya una unión. Entonces no veía los errores de ese razonamiento, y gracias a eso pude aceptar y cumplir con todo el ritual de la Iglesia ortodoxa sin comprender gran parte de él. Intentaba evitar con toda mi alma cualquier razonamiento contradictorio y trataba de explicar lo más sensatamente posible esas posiciones de la Iglesia con las que estaba en conflicto.

Al cumplir con los ritos de la Iglesia, se amansaba mi razón y me sometía a la tradición común a toda la humanidad. Me unía a mis antepasados, a los que amaba, a mi padre, a mi madre, a mis abuelos y abuelas. Ellos y todos los que habían venido antes que ellos habían creído y vivido, y me trajeron al mundo. Me unía, asimismo, a todos esos millones que conforman el pueblo, a los que yo respetaba. Además, esos actos no tenían nada de malo en sí mismos (por malo yo entendía la complacencia de los deseos). Al levantarme temprano para ir a misa, sabía que realizaba una buena acción, aunque solo fuera porque sacrificaba la comodidad de mi cuerpo para dominar el orgullo de mi espíritu, para aproximarme a

mis antepasados y a mis contemporáneos, para buscar el sentido de la vida. Lo mismo sucedía cuando me preparaba para la comunión, decía mis oraciones diarias con genuflexiones y observaba todos los ayunos. Por insignificantes que fueran estos sacrificios, los hacía en nombre de algo bueno. Cumplía con mis devociones, ayunaba y observaba las horas de plegaria en casa y en la iglesia. Mientras escuchaba los oficios religiosos ahondaba en cada palabra y, siempre que podía, les daba sentido. En la misa, las palabras más importantes para mí eran: «Amémonos los unos a los otros en unidad». Pero omitía más adelante las palabras: «Creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo», porque no las entendía.

XIV

Por aquel entonces, para vivir, se me había hecho tan indispensable creer que, sin darme cuenta, me ocultaba las contradicciones y los puntos oscuros de la doctrina de la fe. Pero ese esfuerzo por comprender el ritual tenía sus límites. Aunque las palabras más importantes de la liturgia cada vez eran más claras para mí, aunque bien o mal me explicaba las palabras «después de invocar a nuestra Soberana, la Santísima Virgen María, así como a todos los santos, confiemos todos y cada uno de nosotros nuestras vidas a Cristo, nuestro Dios», aunque me explicara la frecuente repetición de plegarias por el zar y su familia porque, al estar más expuestos a la tentación que el resto, necesitaban más oraciones, aunque me explicara las oraciones en las que se pedía el sometimiento de nuestros enemigos, aplastados bajo nuestros pies, diciéndome que el enemigo era el mal, esas oraciones y otras, como el himno de los querubines y todo el misterio del proskomide (la preparación de las ofrendas), etcétera, casi dos tercios del oficio no tenían explicación para mí, o yo sentía que mentía tratando de darles un sentido, lo cual significaba que estaba destruyendo mi relación con Dios y que perdería toda posibilidad de creer.

Lo mismo experimentaba durante la celebración de las fiestas principales. Que era preciso observar el sabbat,[6] es decir, consagrar un día a la relación con Dios, lo comprendía. Pero la fiesta principal era la conmemoración de la resurrección, cuya realidad no podía ni imaginar ni aceptar. Y la fiesta semanal, el domingo, fue llamada por ese motivo «resurrección». Y ese día se celebraba el sacramento de la eucaristía, que me era incomprensible del todo. En cuanto a las doce fiestas restantes, salvo la Navidad, eran conmemoraciones de milagros en los que trataba de no pensar para no verme obligado a negarlos: la Ascensión, el Pentecostés, la Epifanía, la Intercesión, etcétera. Durante la celebración de esas fiestas, sentía que se le daba una gran importancia a lo que yo consideraba menos significativo, así que o bien inventaba explicaciones tranquilizadoras, o bien cerraba los ojos para no ver lo que me escandalizaba.

Experimentaba eso de una manera aún más intensa cuando asistía a los sacramentos más ordinarios, considerados los más importantes: el bautismo y la comunión. Aquí me enfrentaba a actos que no eran incomprensibles, bien al contrario, su sentido era claro; me parecían tentaciones, y me veía en el dilema de mentir o rechazarlos. Nunca olvidaré el doloroso sentimiento que tuve el día que comulgué por primera vez después de muchos años. Los oficios, la confesión, los mandamientos eran comprensibles para mí, me daban la gozosa conciencia de descubrir el sentido de la vida. Explicaba la comunión como un acto realizado en memoria de Cristo, un acto que significaba la purificación de todo pecado y la aceptación total de la doctrina de Cristo. Si esa explicación era artificiosa, yo no me daba cuenta. Era tan feliz al humillarme y al arrodillarme ante mi confesor, un sacerdote tímido y sencillo, al arrancar de mi alma toda la suciedad, confesando mis vicios, tan feliz al unirme en pensamiento a las aspiraciones de los Padres que escribieron las oraciones de devoción, tan feliz por la unión con todos los creyentes, los de otro tiempo y los de hoy, que no reparé en el artificio de mi explicación. Pero cuando me acerqué a las puertas del iconostasio y el sacerdote me obligó a repetir que yo creía que lo que estaba a punto de tomar era el verdadero cuerpo y la sangre de Cristo sentí un dolor en el corazón. No era solo una nota discordante; esa exigencia cruel no podía más que emanar de alguien que nunca hubiera sabido qué era la fe. Si ahora me permito decir que era una cruel exigencia, entonces ni siquiera lo había pensado, solo sentía un dolor indescriptible. Ya no me encontraba en la situación en la que me hallaba cuando era joven, cuando creía que todo estaba claro en la vida; llegué a la fe porque, con excepción de esta, no había encontrado nada, absolutamente nada, sino la muerte, por eso me era imposible rechazar esa fe, y me sometí. Hallé en mi alma un sentimiento que me ayudó a soportarlo. Era un sentimiento de humillación y de resignación. Me sometí, tomé ese cuerpo y esa sangre sin ningún sentimiento de blasfemia, con el deseo de creer, pero el golpe ya había sido asestado. Y sabiendo por anticipado lo que me aguardaba ya no pude volver a hacerlo una segunda vez.

Sin embargo, continué observando el ritual de la Iglesia, convencido todavía de que en esa fe que profesaba estaba la verdad; y entonces me ocurrió algo que ahora está claro para mí, pero que en ese

momento me pareció extraño.

Escuchaba la conversación de un peregrino, un campesino ignorante, sobre Dios, la fe, la vida, la salud, y el conocimiento de la fe se abrió ante mí. Me acercaba al pueblo, escuchaba sus juicios sobre la vida, sobre la fe, y cada vez comprendía mejor la verdad. Lo mismo me pasaba durante la lectura de las Cheti-Minei y los Prólogos, que se convirtieron en mi lectura preferida. A excepción de los milagros, a los que consideraba fábulas que expresaban un pensamiento, esas lecturas me descubrían el sentido de la vida. Allí estaban las vidas de Macario el Grande, del príncipe Iosaf (la historia de Buda), los escritos de Juan Crisóstomo, las historias del viajero en el pozo, del monje que descubrió oro y de Pedro el Publicano; allí se encontraban las historias de los mártires, y todas proclamaban que la vida no acaba con la muerte. Eran historias de hombres analfabetos y estúpidos que habían hallado la salvación, aunque no supieran nada de las enseñanzas de la Iglesia.

Pero en cuanto me mezclaba con creyentes instruidos o leía sus libros, surgían en mí ciertas dudas, insatisfacción y amargura respecto a sus argumentos, y sentía que cuanto más ahondaba en sus discursos, más me alejaba de la verdad y más me acercaba al abismo.

XV

Cuántas veces envidié a los campesinos por su analfabetismo y su falta de instrucción. Ellos no veían nada falso en esos postulados de fe que para mí no eran más que claros disparates; podían admitirlos y creer en su verdad, la misma verdad en la que yo creía. Solo que yo, infeliz de mí, veía claramente que la verdad estaba entretejida con hilos sutiles de mentira, y no podía aceptarla con esa forma.

Así viví unos tres años, y cuando, como un poseso, comencé a acercarme paulatinamente a la verdad, dirigido únicamente por el instinto hacia allí donde la luz me parecía más brillante, esas contradicciones me sorprendieron menos. Si no comprendía algo, me decía: «Es culpa mía, soy un necio». Pero cuanto más profundizaba en esas verdades que estudiaba, más se convertían en el fundamento de mi vida, y las contradicciones se volvían más difíciles e inquietantes. La línea que separaba las cosas que no sabía cómo comprender de las cosas que podía comprender únicamente mintiéndome a mí mismo se volvió más nítida.

A pesar de estas dudas y estos sufrimientos, aún me aferraba a la ortodoxia. Pero surgieron cuestiones de la vida que era preciso resolver, y la solución que la Iglesia daba a estas era contraria a la fe por la que yo vivía. Eso es lo que al final me llevó a renunciar definitivamente a la posibilidad de una relación con la ortodoxia. Esas cuestiones, ante todo, tenían que ver con la relación de la Iglesia ortodoxa con otras Iglesias, con el catolicismo y los así llamados cismáticos. A consecuencia de mi interés por la fe, entré en contacto con fieles de diferentes religiones: católicos, protestantes, viejos creyentes, molokanes,[7] etcétera. Y entre ellos conocí mucha gente de moral elevada y verdaderos creyentes. Deseaba ser hermano de esa gente. Pero ¿qué sucedió? La doctrina que me había prometido la unión de todos los hombres a través del amor en una única fe era la misma que, por boca de sus mejores representantes, me dijo que toda esa gente vivía en la mentira, que lo que les daba fuerza para vivir era una tentación del diablo y que solo nosotros estábamos en posesión de la única verdad posible. Y

vi que los ortodoxos consideraban herejes a todos aquellos que no profesaban su misma fe, así como los católicos y otros consideran herejes a los ortodoxos; vi que, aunque trataran de ocultarlo, los ortodoxos consideraban enemigos a todos los que no adoptaban los mismos símbolos externos y las mismas palabras que ellos. Y así debía ser porque, en primer lugar, afirmar que tú vives en la mentira y yo en la verdad es lo más cruel que un hombre puede decirle a otro, y, en segundo lugar, porque un hombre que ama a sus hijos y a sus hermanos no puede considerar sino enemigos a aquellos que quieren convertir a una fe errónea a sus hijos y a sus hermanos. Y esa hostilidad crece en proporción al conocimiento de la fe de cada uno. Incluso yo, que creía que la verdad residía en la unión en el amor, me vi en la obligación de reconocer que la doctrina de la fe estaba destruyendo lo que debería promover.

Esa ofensa era tan obvia para nosotros, hombres instruidos que habíamos vivido en países donde se profesan diferentes religiones y que habíamos observado la negación despreciable, presuntuosa, inquebrantable que un católico muestra hacia un ortodoxo y un protestante, un ortodoxo hacia un católico y un protestante, y un protestante hacia los otros dos; y también se tenía la misma actitud hacia los viejos creyentes, los pashkovtsi (evangelistas rusos), los shakers y el resto de las religiones. Era tan obvio a primera vista que resultaba desconcertante. Me decía: «Es imposible que las cosas sean tan sencillas y la gente no vea, sin embargo, que si dos afirmaciones se niegan mutuamente es que ni la una ni la otra contienen la única verdad que la fe debería poseer». Hay algo más, debe de haber alguna explicación. Convencido de que la había, buscaba esa explicación y leía todo cuanto podía sobre el tema, y consultaba a quien podía. Pero la única explicación que hallaba era la misma según la cual los húsares de Sumi consideran que su regimiento es el primero del mundo mientras que los ulanos amarillos creen que ellos son los mejores. Los sacerdotes de diferentes religiones y sus mejores representantes me decían que ellos creían estar en posesión de la verdad mientras que los otros estaban equivocados, y que todo cuanto podían hacer era rezar por ellos. Visité a archimandritas, obispos, monjes ancianos, ascetas, pero ninguno hizo el intento de explicarme esa situación, excepto un hombre, aunque de tal manera que ya no volví a preguntar a nadie más.

Le había dicho que la primera cuestión que se le presenta a un no creyente que se dirige a la fe (incluida toda nuestra joven generación) es: «¿Por qué la verdad no está en el luteranismo o en el catolicismo, sino en la ortodoxia?». Se les enseña en el liceo, porque no puede ignorarlo como un campesino, que el protestante y el católico afirman de igual manera la verdad única de su fe. Las pruebas históricas que cada una de esas religiones evoca para atribuirse la supremacía son insuficientes. «¿No es posible —pregunté yo— que alcanzando un nivel más alto de entendimiento las diferencias desaparezcan, tal como ocurre con los verdaderos creyentes?». ¿No es posible ir más lejos por el camino que ya hemos hecho junto a los viejos creyentes? Ellos han afirmado que nuestro signo de la cruz, nuestro aleluya y nuestra forma de rodear el altar son diferentes. Nosotros contestamos: «Vosotros creéis en el credo de Nicea, en los siete sacramentos; nosotros también. Atengámonos a esto y, en cuanto a lo demás, haced lo que queráis». Nos hemos unido a ellos situando lo que es esencial en la fe por encima de lo que no tiene importancia. ¿No es posible decir a los católicos: «Creéis en esto y aquello, en lo que es importante; en cuanto al filioque[8] y al Papa, haced lo que queráis»? ¿No es posible decir lo mismo a los protestantes y unirnos en lo que es más importante? Mi interlocutor estuvo de acuerdo con mi pensamiento, pero me dijo que tales concesiones suscitarían reproches contra el poder eclesiástico, al que se le acusaría de alejarse de la fe de nuestros antepasados, y eso produciría un cisma; y la vocación de las autoridades eclesiásticas consiste precisamente en velar por la pureza de la fe ortodoxa grecorrusa que les fue transmitida por sus antepasados.

Entonces lo comprendí todo. Yo buscaba la fe, la fuerza de la vida, mientras que ellos buscaban el mejor medio para cumplir con ciertas obligaciones humanas ante los hombres. Y al cumplir con esos asuntos humanos lo hacían a la manera de los hombres. Por mucho que hablaran de su compasión hacia sus hermanos extraviados y de las plegarias que rezaban por ellos ante el trono del Altísimo, los asuntos humanos solo se llevan a cabo mediante la violencia; y la violencia siempre se ha empleado, se emplea ahora y siempre será empleada. Si dos religiones creen que cada una de ellas está en la verdad y considera que la otra vive en la mentira, desearán atraer a sus hermanos hacia la verdad, predicándoles su

doctrina. Y si se predica una doctrina falsa a los hijos inexpertos de la Iglesia que está en posesión de la verdad, esa Iglesia no podrá sino quemar libros y apartar a las personas que tientan a sus hijos. ¿Qué se debe hacer con un sectario, devorado por las llamas de una fe que la ortodoxia considera falsa, que tienta a los hijos de la Iglesia en lo más importante de la vida, la fe? ¿Qué hacer con él sino cortarle la cabeza o encerrarlo a cal y canto? En tiempos de Alekséi Mijaílovich[9] los quemaban en la hoguera, es decir, se les aplicaba la pena más severa; lo mismo pasa en nuestros días: se los confina en celdas individuales. Presté atención a lo que se hacía en nombre de la religión, y, horrorizado, renuncié casi por completo a la ortodoxia.

Otro aspecto que se debía tener en cuenta era la actitud de la Iglesia respecto a la cuestión de la vida a propósito de la guerra y las ejecuciones. En esa época Rusia estaba en guerra.[10] Y los rusos, en nombre del amor cristiano, se pusieron a matar a sus hermanos. Era imposible no pensar en ello, no ver que el asesinato es un mal contrario a los principios más elementales de cualquier religión. Sin embargo, en las iglesias, rezaban por el éxito de nuestras tropas y los maestros espirituales consideraban esos asesinatos como una derivación de la fe. Además, no solo se cometieron asesinatos en la guerra: durante los disturbios que le sucedieron vi a miembros de la Iglesia, maestros, monjes y ascetas que aprobaban el asesinato de jóvenes extraviados, indefensos. Y presté atención a todo lo que hacían esas personas que se llamaban cristianos, y me horroricé.

XVI

Dejé de dudar, me convencí de que no eran ciertos todos los dogmas de fe que había abrazado. Antes hubiera dicho que toda doctrina era falsa, pero ahora ya no podía decirlo. Todo el pueblo tenía un conocimiento de la verdad, no cabía duda, porque de lo contrario no habría podido vivir. Además, ese conocimiento de la verdad ya estaba a mi disposición, ya lo había vivido y sentido toda su verdad; pero en ese conocimiento también había falsedad. Y eso no podía dudarlo. Y todo lo que antes me había repugnado estaba ahora vívidamente ante mí. Aunque veía que esas mentiras que me habían causado aversión eran menos flagrantes en el pueblo que entre los representantes de la Iglesia, veía, con todo, que en las creencias del pueblo se mezclaba la mentira con la verdad.

Pero ¿de dónde procedía la mentira y de dónde la verdad? La mentira y la verdad eran transmitidas por lo que se llama Iglesia. La mentira y la verdad eran parte de la tradición, parte de lo que se llama la santa tradición, parte de las Escrituras.

Y de repente me vi impulsado al estudio, a la investigación de las Escrituras y la tradición; llevé a cabo un análisis que hasta entonces había temido.

Y me centré en el estudio de esa misma teología que un día había rechazado con desdén como innecesaria. Entonces me parecía una serie de disparates inútiles; estaba rodeado de fenómenos de la vida que me parecían claros y llenos de sentido. Ahora me alegraría desechar todo lo que no entraba en una cabeza sana, pero no había salida. Sobre esta doctrina descansa, o al menos está inextricablemente ligada a ella, ese conocimiento único del sentido de la vida que se me había revelado. Por descabellado que le parezca a mi vieja e inquebrantable razón, es la única esperanza de salvación. Para comprenderlo hay que considerarlo atentamente, con precaución, aunque no como se comprende un postulado científico. No busco ni puedo buscar una explicación así debido a la naturaleza peculiar del conocimiento de la fe. No buscaré una

explicación para todo. Sé que la explicación de todo, como el origen de todo, debe ocultarse en el infinito. Pero quiero que mi comprensión me conduzca a lo que es por definición inexplicable; quiero que lo inexplicable continúe siéndolo, no porque sean erróneas las exigencias de mi razón (esas exigencias son correctas y no puedo comprender nada fuera de ellas), sino porque percibo los límites de mi inteligencia. Quiero comprender de tal manera que cada postulado inexplicable se me presente como una necesidad de la propia razón, y no como una obligación de creer.

Es innegable que hay verdad en la doctrina, pero también es innegable que contiene falsedad; y debo encontrar la verdad y la mentira y separar la una de la otra. Esa es la tarea que me he dispuesto a emprender. Lo que encontré falso en esta doctrina, lo que encontré verdadero y las conclusiones a las que llegué forman las partes de un ensayo que, si es digno y necesario para alguien, probablemente se publicará algún día y en algún lugar.[11]

Escribí lo anterior hace tres años.

Al revisar ahora esa parte impresa, vuelvo a los pensamientos y a los sentimientos que experimenté entonces y que tanto me agitaban. Hace unos días tuve un sueño. Ese sueño expresó para mí, de manera condensada, todo lo que había vivido y descrito; por tanto, creo que para los que me entiendan la descripción de este sueño refrescará, aclarará y unirá todo lo que en estas páginas tan largamente se ha contado. He aquí el sueño: veo que estoy tumbado en la cama. No me siento ni bien ni mal, estoy echado boca arriba. Pero comienzo a preguntarme si estoy bien echado; me parece que mis piernas no están cómodas: no sé si la cama es demasiado corta, o tal vez desigual, pero no estoy bien; muevo ligeramente las piernas y al mismo tiempo comienzo a preguntarme cómo y sobre qué estoy tumbado, lo cual no se me había ocurrido hasta entonces. Al observar mi cama, veo que estoy tumbado sobre un correaje de cuerdas trenzadas, sujetas a los bordes de mi cama. Tengo las plantas de los pies en una de las correas, las pantorrillas en otra, y siento que mis piernas no están cómodas. Por alguna razón sé que las correas se pueden mover. Y con un movimiento de piernas empujo la última. Me parece que así estaré más cómodo. Pero la empujo demasiado lejos, quiero atraerla con los pies, pero ese

movimiento hace que se deslicen las otras correas bajo mis pantorrillas, y mis piernas quedan colgando. Hago un movimiento con todo el cuerpo para corregir mi postura, totalmente convencido de que ahora lo lograré; pero con ese movimiento se deslizan y se mueven debajo de mí otras correas, y veo que la cosa va de mal en peor: toda la parte inferior de mi cuerpo está abajo y queda colgando, sin que los pies lleguen hasta el suelo. Me sostengo solo por la espalda, algo que añade a mi sensación de incomodidad otra de horror, sabe Dios por qué. Entonces me pregunto lo que antes ni siquiera se me había ocurrido: «¿Dónde estoy y sobre qué estoy acostado?». Me pongo a mirar a mi alrededor y en primer lugar miro hacia abajo, donde cuelga mi cuerpo, donde siento que no tardaré en caer. Miro abajo y no doy crédito a lo que ven mis ojos. No es que esté a una altura como la de una elevada torre o la de una montaña, sino que estoy a una altura que nunca habría imaginado.

Ni siquiera puedo estar seguro de distinguir alguna cosa ahí abajo, en ese abismo sin fondo por encima del cual estoy suspendido y que me atrae. Se me encoge el corazón, el terror se apodera de mí. Es horrible mirar allí abajo. Si lo hago, siento que resbalaré de las últimas correas y moriré. No miro, pero no hacerlo es incluso peor, porque pienso qué será de mí ahora, cuando me escurra de las últimas correas. Y siento que el miedo me hace perder mi último asidero, que me deslizo lentamente por la espalda, más abajo, cada vez más abajo. Dentro de un instante, me estrellaré. Y entonces se me ocurre esta idea: no puede ser verdad. Es un sueño. Despiértate. Intento despertarme y no puedo. «¿Qué hacer, qué hacer?», me pregunto y levanto la vista. Allí arriba también hay otro abismo. Contemplo ese abismo celestial y me esfuerzo por olvidar aquel otro abismo a mis pies y, de hecho, lo olvido. El infinito de abajo me repele y me horroriza; el infinito de arriba me atrae y me tranquiliza. Estoy suspendido por encima del abismo, sobre las últimas correas que todavía no se han deslizado; sé que estoy suspendido en el aire, pero miro hacia arriba y se disipa mi miedo. Como suele pasar en los sueños, una voz me dice: «Fíjate bien, ahí está». Sigo mirando el infinito en lo alto, llevando mi mirada más lejos, y siento que me sosiego. Me acuerdo de todo lo que ha ocurrido, y cómo ha pasado todo: cómo moví las piernas, cómo quedé suspendido, cómo tuve miedo y me liberé de ese miedo

después de mirar hacia arriba. Y me pregunto: «Bueno, ¿todavía estoy aquí colgado?». No es que dé la vuelta, pero siento con todo el cuerpo ese punto de apoyo sobre el cual me sostengo. Y noto que ya no estoy colgado, y que no me caigo, sino que me sujeto con fuerza. Me pregunto cómo me aguanto, palpo mi cama, me vuelvo y veo que debajo de mí, justamente en medio de mi cuerpo, hay una correa, y que, al mirar arriba, quedo en un equilibrio perfecto sobre ella, y que solo ella me sostiene. Y, como suele pasar en los sueños, el mecanismo gracias al cual me sostengo se me presenta con suma naturalidad, comprensible e indudable, a pesar de que para un hombre despierto este mecanismo no tiene el menor sentido. Incluso dormido me sorprendo de no haberlo comprendido antes. Sobre mi cabeza hay una columna cuya solidez no deja lugar a dudas, aunque esa columna no reposa sobre nada. Una cuerda cuelga de manera muy ingeniosa, aunque muy sencilla, desde la columna, y si la mitad del cuerpo descansa sobre esta cuerda, no es posible caer. Todo se volvió claro para mí, y yo estaba contento y en paz. Entonces fue como si alguien me dijera: «Atención, recuérdalo». Y me desperté.

Autor

LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI. Nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, en el seno de una familia aristocrática. En 1844 empezó a cursar Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó Infancia, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de Adolescencia (1854) y Juventud (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, Relatos de Sebastopol (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela Guerra y paz (1865-1869) y de Anna Karénina (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en Confesión (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como Qué es el arte (1898) y algunas obras de teatro como El poder de las tinieblas (1886) y El cadáver viviente (1900); su única novela de esa época fue Resurrección (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori. En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

1 Guerra de Crimea (1853-1856).

2 En 1861 el zar Alejandro II abolió la servidumbre.

3 Los jueces de paz (posrédniki) eran personas nombradas por las autoridades locales y, por lo general, aceptadas por los campesinos para poner paz en las dificultades puntuales que pudieran surgir

entre estos y los terratenientes a raíz de su liberación.

4 Leche fermentada de yegua o de camello.

5 Antigua medida rusa de superficie equivalente a 1,09 hectáreas.

6 En ruso se usa la misma palabra para «domingo» y «resurrección».

7 Los molokanes (bebedores de leche) eran una secta cristiana rusa. Se llamaban así porque no observaban los períodos de ayuno ortodoxos en los que el consumo de leche estaba prohibido. Rechazaban los iconos, los sacramentos y el sacerdocio.

8 La cláusula filioque hace referencia a la controversia entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa en el credo del término latino filioque, que significa «y del Hijo», controversia que llevó al rompimiento entre ambas Iglesias en 1054 d. C.

9 Alekséi Mijaílovich (1629-1676) fue el segundo zar de la dinastía Romanov en Rusia y padre de Pedro I el Grande.

10 Guerra ruso-turca (1877-1878).

11 En su forma final, Confesión estaba destinada a ser un prefacio del polémico tratado sobre teología dogmática ortodoxa de Tolstói Isslédovanie dogmatícheskogo bogoslovia (Crítica de la teología dogmática) (1879-1880).

colofon

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Romanyà Valls,
en Capellades (Barcelona),
en febrero de 2023